



Federico Schiller

La doncella de Orleans

PERSONAS

CARLOS VII, rey de Francia.

La reina ISABEL, su madre

INÉS SOREL, su manceba.

FELIPE el Bueno, duque de Borgoña.

El conde DUNOIS, bastardo de Orleáns.

LA HIRE,
DUCHATEL.

Oficiales del Rey.

EL ARZOBISPO de Reims.

CHATILLON, caballero borgoñón.

RAOUL, caballero lorenés.

TALBOT, general de los ingleses.

LIONEL.
FALSTOLF.

Jefes ingleses.

MONTGOMERY.

Consejeros de la ciudad de Orleáns.

Un Herald del campamento inglés.
TIBALDO DE ARCO, rico agricultor.

MARGARITA.

LUISA. Sus hijas.

JUANA.

ESTEBAN.

CLAUDIO MARIA Sus novios.

RAIMUNDO.

BERTRAN, aldeano.

El espectro del caballero negro.

Un Carbonero y su mujer.

Soldados, pueblo, oficiales de la corona, obispos, frailes, mariscales, magistrados, cortesanos y demás personas que no hablan y forman el cortejo en el acto de la coronación.

PRÓLOGO

SITIO CAMPESTRE

A la derecha y en primer término, una imagen de santo en una capilla; a la izquierda una grande encina.

ESCENA PRIMERA

TIBALDO DE ARCO. Sus tres HIJAS. Los tres PASTORES sus novios.

TIBALDO.—Sí, mis queridos vecinos; hoy somos todavía franceses, hoy somos todavía libres habitantes y dueños de esta tierra que labraron nuestros padres... ¡Quién sabe de quién seremos mañana! En todas partes flota la victoriosa bandera del inglés. Sus caballos patean las ricas campiñas de Francia. París le ha recibido triunfante, y ha coronado con la antigua diadema de Dagoberto, el vástago de extranjera cepa. El nieto de nuestros reyes vaga errante, desheredado, fugitivo, por su propio reino, y en las filas enemigas que dirige una madre desnaturalizada, combate su más próximo pariente. Villas, ciudades, todo lo devora el incendio. El humo de la devastación se acerca cada vez más a éstos valles hasta ahora tranquilos. Ved por qué, mis queridos vecinos, trato de acomodar honradamente a mis hijas con la ayuda de Dios, hoy que es tiempo todavía. La mujer, en estos tiempos, necesita un protector. A mi entender, un amor fiel ayuda a soportar las más graves penas. (Dirigiéndose al primer pastor.) Acércate, Esteban; tú deseas la mano de mi hija Margarita; nuestras tierras se tocan, vuestros corazones se comprenden; esto basta para una feliz unión. (Al segundo.) Y tú, Claudio... callas, y mi Luisa baja los ojos... No he de separar dos corazones, porque no puedes ofrecerme tesoros. ¿Y quién los posee hoy? La casa como la granja son en el día presa del enemigo y de las llamas, y en los tiempos que corren no creo que exista más seguro refugio que el pecho de un muchacho honrado.

LUISA.—¡Padre mío!

CLAUDIO.—¡Luisa mía!

LUISA.—(Besando a JUANA.) ¡Hermana mía!

TIBALDO.—Doy a cada una de vosotras treinta fanegas de tierra, el establo, el corral y el hogar. Dios os bendiga como a mí.

MARGARITA.—(Abrazando a JUANA.) Accede a los deseos de padre, toma ejemplo de nosotras... hagamos tres bodas en un día.

TIBALDO.—Id y preparaos; las bodas se celebrarán mañana; quiero que acuda a ellas toda la gente del lugar. (Las dos parejas se van dándose el brazo.)

ESCENA II

TIBALDO. RAIMUNDO. JUANA.

TIBALDO.—Y tú, Juanilla... ya ves cómo se casan tus dos hermanas y cuánto regocija su dicha mi vejez, mientras que tú, la más joven, parece que sólo quieres darme pesar y tristeza.

RAIMUNDO.—¿Vais a reñirla todavía?

TIBALDO.—El más honrado y guapo mozo de este país, con quien nadie osara compararse, te ofrece corazón y mano, te corteja tres años ha con discreción y ternura, y tú sólo le correspondes con desvíos y frialdad. Ni atrajo nunca tu sonrisa ninguno de nuestros pastores. ¡Parece imposible!... ¡Joven como eres!... ¡En la primavera de tu vida! ¡Cuando la esperanza sonríe!... ¡Cuando se abre la flor de tu belleza!... ¡En vano me fue dado esperar verla salir de su capullo, y convertirse en fruto de oro!... ¡Ah, no quiero ocultarlo!... Esto me aflige; me parece un fatal error de la naturaleza. No gusto yo de tales corazones... ¡fríos... austeros!... ¡cerrados a la dicha en la feliz edad en que los sentimientos sólo piden expansión!

RAIMUNDO.—Dejadla, padre, dejadla obrar como le plazca. El amor de mi noble Juana es augusta y casta flor del cielo, y sólo lenta y silenciosamente deben madurar tales tesoros. La juventud necesita del aire libre y puro de las montañas. No se atreva a bajar de las alturas donde habita, a nuestras estrechas casas donde moran los mezquinos cuidados. Muchas veces del fondo de los valles la contemplo con muda admiración, cuando se me aparece bella y majestuosa en el pico de algún monte, rodeada de sus rebaños y fija la vista en el suelo. En ocasiones creo ver en ella algo sobrehumano, y me pregunto si será por ventura esta niña, hija de otros siglos.

TIBALDO.—Esto es precisamente lo que no puedo sufrir. Huye del trato de sus hermanas, y sólo se complace en andar errante por las cimas desiertas, sin que el canto del gallo la haya sorprendido nunca en sus correrías. En las medrosas horas en que el hombre busca para serenarse la compañía de sus semejantes, ella, como ave nocturna, vuela a sumergirse en las sombras de la noche, recorre las encrucijadas y habla misteriosamente con los vientos. ¿Por qué escogió este sitio para apacentar sus rebaños? La veo pasarse horas enteras sentada y pensativa bajo el árbol druídico, bajo esta encina, a la que temen acercarse los dichosos. Porque este asilo es reputado funesto, y de antiguo, desde los tiempos del paganismo, se cree que fue morada del espíritu malo. Los viejos cuentan de este árbol espantosas leyendas... ; de sus hojas se escapan a veces extraños sonidos. ¿No vi yo mismo, una tarde, al pasar cerca de aquí, una ¡fantasma de mujer, a la sombra del árbol, un espectro envuelto en un sudario, que extendía hacia mí la descarnada mano, como llamándome? Tanto fue así, que eché a correr, encomendando el alma a Dios.

RAIMUNDO.—(Señalando la imagen de la capilla.) No, creedme; vuestra hija viene aquí, no por obra del demonio, sino al sagrado influjo de esta imagen que esparce en torno la paz del cielo.

TIBALDO.—No, no en vano se me aparece en sueños, que empiezan a darme inquietud. Tres veces la he soñado en Reims, sentada en el trono de nuestros reyes, ceñidas las sienes con una corona en la que brillaban siete estrellas, y en la mano el

cetno de donde salían, como del tallo, tres flores de lis, mientras que yo, su propio padre, sus hermanas, y todos los príncipes, condes y obispos, todos, hasta el mismo Rey, hincábamos la rodilla delante de ella. ¿Qué significa semejante esplendor en mi cabaña? ¿Qué puede ser sino presagio de profunda catástrofe? ¿No es semejante sueño el símbolo de las vanas aspiraciones de su corazón? Se avergüenza de la oscuridad en que vive. La belleza que Dios le concedió, los hechizos que le ha prodigado con sus bendiciones, fomentan en su alma un sentimiento de culpable orgullo... y el orgullo fue la causa de la caída de los ángeles... es el medio con que el infierno se apodera de las almas.

RAIMUNDO.—¡Ella orgullosa, cuando no la hay más modesta! ¡Si la pobre se complace con verdadera alegría en ser la sirvienta de sus hermanas! Siendo la mejor dotada entre todas, se muestra al propio tiempo la más dócil y se sujeta gustosa a las más rudas faenas. Con sus cuidados prosperan vuestros rebaños y vuestro cultivo; cuanto hace prospera de un modo indecible, nunca visto.

TIBALDO.—En efecto: de un modo nunca visto, y esto es lo que me espanta. No hablemos más de ello; me callo; quiero callarme. No seré yo quien acuse a mi propia hija. No; quiero sólo exhortarla, rogar por ella, y exhortarla sobre todo. Aléjate de este árbol, renuncia a tu amor por la soledad, cesa de escarbar la tierra a media noche, en busca de raíces... déjate de componer brebajes, y de trazar signos misteriosos sobre la mesa. Los malos espíritus viven junto a la superficie de la tierra, siempre alerta, y con el odio pegado al suelo. En cuanto se escarba un poco, lo oyen en seguida. Consiente en no quedarte sola; mira que en la soledad tentó Satanás al mismo Dios del cielo.

ESCENA III

Dichos. BERTRÁN, con un yelmo en la mano.

RAIMUNDO.—¡Chit!... ahí está Bertrán que vuelve de la ciudad... A ver qué nuevas trae.

BERTRÁN.—Os sorprende verme con esta rara prenda en la mano, ¿verdad?

TIBALDO.—En efecto, decidnos cómo habéis adquirido ese yelmo... ¿por qué traéis a nuestros tranquilos valles este signo de discordia? (JUANA, que durante las anteriores escenas había permanecido retirada a un lado, silenciosa y sin tomar parte en la acción, se acerca y empieza a mostrarse atenta.)

BERTRÁN.—Apenas sé yo mismo cómo ha ocurrido esto. Me hallaba en Vaucouleurs, donde fui a comprarme un equipo de guerra. Muchedumbre de gente se agolpaba en la plaza del mercado, porque acababan de llegar de Orleáns bandadas de fugitivos trayendo malas noticias de los sucesos. La población entera se agitaba fuera de sí. Como tratase de abrirme paso entre la multitud, de repente se me acerca una gitana con este yelmo, y fijando en mí sus penetrantes ojos me dice: “Compañero, buscáis un yelmo, lo sé, necesitáis uno, tomad éste, os lo doy barato.” “A los soldados con él, le respondí; yo soy un labrador, y para nada me sirve.” Pero ella continuaba insistiendo. “Nadie puede decir ahora para nada me sirve un yelmo. Un abrigo de acero para la cabeza, vale más en nuestros tiempos que una casa de piedra.” Así me persiguió de calle en calle, forzándome a tomar el yelmo, que yo no quería, bien que me pareciera muy bello y reluciente, y digno de adornar la cabeza de un caballero. Y mientras seguía indeciso, y pesándole en la mano, y discurriendo sobre lo raro del caso, desapareció la gitana, arrebatada por la multitud, y yo me quedé con la prenda.

JUANA.—(Con calor e intentando apoderarse del yelmo.) Dadme ese yelmo.

BERTRÁN. ¿Qué váis a hacer de él? No es éste, adorno propio de una doncella.

JUANA.—(Arrancándoselo de la mano.) Os digo que este yelmo es mío; que me pertenece...

TIBALDO. ¿Qué nuevo delirio la agita?

RAIMUNDO.—Dejadla, padre. Ese apresto de guerra le corresponde, porque su pecho encierra un corazón varonil. ¿Olvidasteis cómo domó al guepardo furioso, azote de los corrales, terror de los pastores? Sólo ella, la muchacha de corazón de león, osó medir sus fuerzas con aquella bestia feroz y arrancó de sus dientes la presa. Por valiente que sea el dueño del casco, otro no podría hallarse más digno que Juana.

TIBALDO.(A BERTRÁN.) Hablad; ¿qué nuevos desastres debéis anunciarnos? ¿qué os han dicho los fugitivos?

BERTRÁN.—Dios salve al Rey y a este desventurado país. Vencedor de dos batallas decisivas, el enemigo está en el corazón de Francia. Se han perdido todas las provincias hasta la orilla del Loira. Ahora concéntranse las fuerzas frente a Orleáns. .

TIBALDO. Dios proteja al Rey.

BERTRÁN.—En todas partes se hacen grandes aprestos. Como en el verano el espeso enjambre de abejas en torno de la colmena, como nubes de langostas que oscurecen el sol y cubren la campiña por millares, se arroja a las llanuras de Orleáns confusa bandada de pueblos diversos, y suena en el campamento una mezcla ininteligible de todas las lenguas. Allí el Borgoñón ha juntado sus ejércitos con los del país de Liège y Namur, y con los del Luxemburgo y Brabante. Allí están los de Gante, que se pavonean ornados de seda y terciopelo, y los de Zelandia, cuyas ciudades se elevan a orillas del mar, blancas y limpias, y los holandeses, buenos vaqueros, y los hijos de Utrech y los de Frisia que mira al polo, todos adictos a la bandera del victorioso Borgoñón, todos decididos a someter a Orleáns.

TIBALDO—¡Oh! ¡lamentable discordia que vuelve contra Francia las propias armas de Francia!

BERTRÁN.—También a ella, la reina, la altiva Isabel, princesa de Baviera, se la ve revestida de su armadura, recorriendo el campamento a caballo, inflamando el odio de sus tropas con envenenadas frases contra el hijo que llevó en su seno.

TIBALDO.—Maldita sea; y así Dios la reserve la suerte de Jezabel.

BERTRÁN.—El temible Salisbury dirige el asalto. Combaten a su lado Lionel y Talbot, cuya mortífera espada siega los pueblos en el campo de batalla. Estos hombres juraron en su arrogancia entregar a la deshonor a todas las doncellas, y matar a cuantos les resistan. Cuatro fortalezas, obra suya, amenazan la ciudad. En lo alto de una de estas atalayas la mirada sanguinaria de Salisbury se cierne sobre la población, y cuentan los transeúntes que acelerando el paso se aventuran a atravesar las calles. Ya se hundieron a balazos las iglesias y el majestuoso campanario de Nuestra Señora. Han minado también la ciudad que se agita desesperada sobre estos volcanes del infierno, amenazada a cada instante de quedar reducida a cenizas con tonante explosión. (JUANA escucha con ansia creciente, y se cubre con el yelmo.)

TIBALDO. ¿Pero dónde están las espadas de Francia, Xantrilles y La Hire? ¿Dónde está el heroico bastardo, escudo de la patria, pues pudo el enemigo triunfante avanzar de tal suerte? ¿Qué hace el Rey? ¿Presencia indiferente las calamidades que agobian a su pueblo, y la ruina de las provincias?

BERTRÁN.—El Rey ha establecido la corte en Chinon. Sin hombres, ni posibilidad de sostener la campaña, ¿para qué sirve el valor de los jefes, el esfuerzo del héroe, si el miedo paraliza las tropas? Porque el terror ¡parece castigo del cielo! se apodera de los más valientes. En vana los jefes les ordenan que se pongan en pie de guerra. Como se estrechan las ovejas, tímidas y recelosas al aullido del lobo, los franceses, olvidados de su antigua gloria, se apresuran a refugiarse en sus fortalezas. Sólo uno, a lo que se dice,

ha logrado reunir unos pocos combatientes, y marcha a la vanguardia de la corte con diez y seis compañías.

JUANA.—(Con viveza.) ¿Su nombre?

BERTRÁN.—Baudricourt. Mas por desgracia desconfían todos de que logre burlar al enemigo que con dos ejércitos le persigue encarnizado.

JUANA. ¿Dónde hallarle? ¿Lo sabéis? Si lo sabéis, decídmelo.

BERTRÁN.—Acampó a cosa de media jornada de Vaucouleurs.

TIBALDO.—(A JUANA.) ¿Y a tí qué te importa? ¿Por qué enterarte de lo que no te atañe, muchacha?

BERTRÁN.—En presencia del omnipotente enemigo, y desesperados de recibir del Rey auxilio alguno, han resuelto todos en Vaucouleurs pasarse al Borgoñón; único medio de escapar al yugo extranjero y conservar la antigua dinastía. Quizá correrían el albur de caer de nuevo bajo su poder, si Francia y Borgoña lograsen entenderse.

JUANA.—(Como inspirada.) ¡Nunca! ¡No cabe trato alguno, no hay transacción posible, arrancada a la flaqueza! El salvador se acerca y está armándose para el combate. Enfrente de Orleáns va a palidecer la estrella del enemigo. Se ha colmado la medida. El trigo está ya en sazón para la siega. Ved cómo llega la doncella que segará la yerba de su orgullo, y desde el firmamento a donde lo alzaron, lo precipitará en el abismo. ¡No vaciléis! ¡no huyáis! porque antes que amarillee la espiga, antes que pase la luna, los caballos de Inglaterra habrán cesado de abrevarse en la límpida corriente del Loira.

BERTRÁN.—Pasó por desgracia el, tiempo de los milagros.

JUANA. Dios permitirá que vuelva. Blanca paloma alzaré el vuelo, y como el águila audaz caerá sobre los buitres que despedazan la patria. Ha de acabar con el altivo Borgoñón y sus fatales traiciones, aterrando a Talbot, el de los cien brazos, y al sacrílego Salisbury, y echará por delante como rebaño los feroces isleños. Con ella estará el Señor, el Dios de los ejércitos, que elegirá para mostrarse la más tímida de sus criaturas, y se glorificará en una flaca doncella, porque Él es todopoderoso.

TIBALDO.—¡Qué demonio inspira a mi hija!

RAIMUNDO—El yelmo será, cuyo bélico influjo la penetra. ¡Mirad cómo le chispean los ojos y se tiñen de púrpura sus mejillas!

JUANA.—¡Pues qué!... ¿Se desplomará este reino? ¡Pues qué! ¿el país de la gloria, el más bello que alumbra el sol, el paraíso terrestre que Dios ama, soportará las cadenas del extranjero? No; aquí se estrelló el poderío de los gentiles; aquí se elevó la primera cruz, el signo de la redención; aquí reposan las cenizas de San Luis; de aquí partieron los conquistadores de Jerusalén.

BERTRÁN.—(Entupefacto.) ¿Pero no oís? ¿quién inspira tales palabras? Arco, Dios os hizo padre de una mujer predestinada.

JUANA.—¿Así perderíamos para siempre a nuestros reyes? ¿la nación, su soberano? El Rey desaparecería del haz de la tierra, él que no puede morir, él que protege el fecundo arado, él que da libertad a los siervos y agrupa los lugares en torno de su trono; él, providencia de los débiles, terror de los malos, sin envidia, porque es el más grande de todos, ángel de misericordia en esta tierra, presa de las malas pasiones. Porque el trono de los reyes refulgente de oro, es el albergue tutelar de los desamparados. Siéntanse a un lado y otro el poder y la caridad. El culpable se acerca á él tembloroso, y el inocente, confiado, y su mano juguetea con las crines del león extendido en aquellas gradas. ¡Un rey extranjero! ¡Un amo venido de fuera! ¿Pero cómo podría amar este suelo, si no descansan aquí los huesos de sus mayores? ¿Podrá llamarse nunca nuestro padre quien no creció junto con nuestros mancebos, quien no siente vibrar sus entrañas a nuestra voz?.

TIBALDO.—Dios proteja a Francia y al Rey. Cuanto a nosotros pacíficos labradores, ignoramos el arte de manejar la espada y de domar un caballo, ni que fuera un palafrén; tratemos, pues, de resignarnos en silencio con la suerte que nos depare la victoria. El éxito de las batallas es sentencia de Dios. Para nosotros no hay más soberano que el ungido y coronado en Reims. ¡A trabajar! ¡a trabajar! Cuidemos sólo de lo que nos importa. Dejemos a los grandes y a los príncipes que se disputen la tierra. Por fortuna podemos presenciar indiferentes semejantes catástrofes, porque el suelo que cultivamos resiste a todo embate. Si la llama incendia las aldeas, ¡qué importa! nuestras frágiles cabañas se reconstruyen fácilmente; si los cascos de los caballos pisotean las mieses..., otras traerá la primavera. (Vanse todos excepto JUANA.)

ESCENA IV

JUANA, sola.

JUANA.—¡Adiós, montañas; adiós, pastos, y vosotros tranquilos valles, adiós! Ya nunca más hollará Juana vuestros senderos, Juana os dirige su eterno adiós. ¡Prados que yo regaba, árboles que planté, seguid reverdeciendo! ¡adiós, grutas sonoras y frescos manantiales! ¡Eco, dulce voz de este valle, que tantas veces respondiste a mis cantos, Juana se aleja... para siempre!

Para siempre os dejo, ¡oh lugares, que fuisteis testigos de mis inocentes dichas! Id y dispersaos por la llanura, ovejas mías; dispersaos, abandonados rebaños; otros rebaños me reclaman ahora, y es fuerza que los conduzca a través de los ensangrentados campos del peligro. Tal es la orden del Espíritu que me llama; no me atrae la vanidad, no obedezco a terreno afecto.

El Dios que se apareció a Moisés en las cimas del Horeb y en la zarza ardiendo para mandarle que resistiera a Faraón; el Dios que supo armar en su defensa a un niño, al pastor Isaías, y se mostró siempre propicio a los pastores, este fue quien tre habló también bajo la copa de este árbol, y me dijo:

“Ve a dar testimonio de mí en la tierra. Revestirás tus miembros de metal, y cubrirás de acero tu delicado pecho. Jamás arderá en tu pecho la llama del amor humano, ni avivará en ti ilícitos deseos, mas yo te haré ilustre en la guerra entre las demás mujeres.

“Cuando los más valientes flaquean y van a consumarse los destinos de Francia, pongo en tus manos mi oriflama. Como el segador las mieses, aterrará a los vencedores y detendrás a la victoria; que te suscité para salvar a esta nación, para que libertes a Reims y coronas a tu Rey.”

Dios me debía una prenda de su predilección, y me envía este yelmo que comunica a mi cuerpo fuerza sobrenatural, e infunde en mis venas el fuego sagrado de los ángeles. Siento que me impele, que me arrebató al combate con la impetuosidad del torbellino. ¡A las armas! ¡El corcel se encabrita!... ¡resuena el clarín!

ACTO I

La corte del rey Carlos en Chinon.

ESCENA PRIMERA

DUNOIS y DUCHATEL.

DUNOIS.—No; ya no quiero soportar más. Abandono al Rey que así se entrega cobardemente a la molicie. Mi corazón mana sangre, mis ojos lloran sangre, al ver cómo unos cuantos bandidos se reparten la patria, y las antiguas ciudades que envejecieron bajo la monarquía, entregan al enemigo las enmohecidas llaves. Y entre tanto, perdemos aquí en fútiles devaneos un tiempo precioso para la defensa. Al rumor de que Orleáns está amenazada, acudo de un rincón de Normandía creído de que hallaré al Rey a la cabeza de su ejército, y le sorprendo entre juglares y trovadores, ocupado en descifrar charadas y en festejar a su amiga. ¡Ni más ni menos que si reinara la paz! El condestable se retira disgustado de tales miserias. Yo hago lo propio, y le abandono a su mala suerte.

DUCHATEL.—¡El Rey!

ESCENA II

Dichos. El rey CARLOS.

CARLOS—El condestable me devuelve su espada y abandona mi servicio. ¡Alabado sea Dios! Así nos vemos libres de un malcontento, que con su carácter arisco y dominante enojaba a todos.

DUNOIS.—Mucho vale un hombre en las actuales circunstancias. Yo no me resigno tan fácilmente a perderle.

CARLOS.—Hablas sin duda por afán de contradecir. Mientras estuvo aquí no le tuviste ciertamente por amigo.

DUNOIS.—Convengo en que era loco, orgulloso, majadero, insoportable, que no acababa nunca, pero esta vez al menos estuvo oportuno dejando su puesto, cuando ya no podía permanecer en él con honor.

CARLOS.—Observo que estás hoy de mal talante, amigo, y no seré yo quien te distraiga. —Duchatel, han llegado algunos emisarios del anciano rey René, que dicen ser muy famosos y maestros en el arte del canto. Cuida de que sean tratados como merecen. Déseles a cada uno una cadena de oro. (A DUNOIS.) ¿Por qué sonrías?

DUNOIS.—Me gusta oír cómo tu boca prodiga las cadenas de oro.

DUCHATEL.—Señor, ya no hay dinero en las arcas.

CARLOS.—A ti, amigo, te toca hallarlo. No creo que estos nobles cantores deban salir de mi corte sin recompensa. Gracias a ellos florece el cetro del monarca. Sólo ellos saben entretejer en la estéril corona los verdes laureles. Iguales a los reyes, se construyen un trono con sólo desearlo, y su reino, aunque pacífico, no es puramente fantástico. He aquí por qué no ceden en dignidad a los reyes; ambos habitan en las más altas regiones.

DUCHATEL.—Señor, mientras no se agotaron los recursos pude callarme, pero hoy la necesidad me fuerza a hablar claro. Has de saber que nada puedes dar, y que mañana te será imposible subvenir a tus propias necesidades. Tu tesoro está exhausto. Las tropas no reciben la paga y murmuran y amenazan con la deserción. Apenas sé cómo atender a los gastos de palacio, y a tu subsistencia, no ya como corresponde a un príncipe, sino con lo estrictamente necesario.

CARLOS.—Empeña mis derechos de soberano; pide prestado a los lombardos.

DUCHATEL.—Señor, todos tus derechos y rentas han sido empeñadas por tres años.

DUNOIS.—Y para entonces ya no existirán ni la prenda ni el reino.

CARLOS —Muchos y buenos estados nos quedan todavía.

DUNOIS.—Mientras así lo quiera Dios y la espada de Talbot. Porque en cuanto caiga Orleáns, ya podrás irte con el buen René a apacentar carneros.

CARLOS.—Sólo sabes esgrimir tu ingenio contra ese buen príncipe, que aun hoy mismo se porta conmigo como un rey.

DUNOIS.— ¿Te regaló quizá su corona de Nápoles? Dicen que está en venta desde que se fue a guardar rebaños.

CARLOS.—¡Pura chanza! ¡Gratos pasatiempos! Trata de establecer en medio de la realidad de nuestras bárbaras costumbres; una sociedad inocente y candorosa. Ocultan, sin embargo, sus planes cierta intención magnánima y propia de un rey: renovar la bella edad pasada, en que reinaba la dulce poesía y el amor hacia héroes, y nobles damas de exquisito gusto y peregrino ingenio se erigían en tribunal de la belleza. ¡Feliz edad de oro que ha elegido el alegre anciano, ocupado en edificar sobre la tierra la celestial ciudad que florece en los cantos del pasado! Con sus auspicios se congregó la corte de amor donde deben acudir los caballeros, y en la cual figuran castas matronas, y va a ronacer la poesía. A mí me nombró príncipe del amor.

DUNOIS.—No soy de los que quisieran acabar con su poder. Hijo soy del amor; le debo mi nombre. Todo mi patrimonio se halla en su reino. Mi padre fue el Duque de Orleáns a quien resistieron pocas mujeres, pero también pocos castillos, ¡príncipe del amor! Si quieres llevar con dignidad semejante título, muéstrate el más valiente entre los valientes, pues si hemos de creer lo que dicen algunos libros viejos, el amor en aquellos tiempos no existía sin algunas virtudes caballerescas, y héroes. y no pastores fueron los que formaban la Tabla Redonda. Quien no sabe defender la belleza, no merece su codiciado premio. Aquí está la liza; tira de la espada en defensa del honor de tus nobles damas, de tu patrimonio y tu corona. Cuando la hayas sacado del torrente de sangre enemiga, entonces será ocasión de ceñir tu frente con las guirnaldas del amor, y sentirán bien en el príncipe tales honores.

CARLOS.—(A un paje .que sale.) ¿Qué hay?

EL PAJE.—Los consejeros de Orleáns solicitan audiencia.

CARLOS.—Que entren. (El paje se va.) ¡Aún vendrán a pedirme recursos, cuando yo mismo ando tan necesitado de ellos!

ESCENA III

Dichos. Tres CONSEJEROS.

CARLOS.—Bien venidos seáis, fieles vasallos míos. ¿Cómo se porta mi leal ciudad de Orleáns? ¿Sigue resistiendo al sitiador con su acostumbrada intrepidez?

EL CONSEJERO.—¡Ah! señor, crece el peligro por instantes. La ciudad está próxima a sucumbir. Destruídas las obras exteriores, el enemigo avanza a cada nuevo asalto. Las murallas se hallan desprovistas de combatientes, porque nos vemos forzados a practicar desesperadas salidas, y pocos son los que vuelven una vez pasaron las puertas. A cuantas plagas nos agobian, se añade ahora el hambre. En tan supremo trance el conde de Rochepierre, que dirige la defensa, pactó con el enemigo, que si dentro de doce días no recibía el oportuno socorro, se rendiría la ciudad. (DUNOIS hace un gesto de cólera.)

CARLOS.—El plazo me parece muy breve.

EL CONSEJERO.—Ahora, señor, acudimos a ti, escoltados por el enemigo, para suplicarte te compadezcas de la ciudad, pues si no la socorres, se rendirá en cuanto se cumplan los doce días.

DUNOIS.—¿Cómo! ¿Xaintrailles podrá aprobar un tratado tan vergonzoso?

EL CONSEJERO.—Él, no, monseñor; mientras vivió, no se habló nunca de paz ni de sumisión.

DUNOIS. ¿Entonces ha muerto Xaintrailles?

EL CONSEJERO.—Sucumbió el héroe en nuestros muros, defendiendo la causa de su rey.

CARLOS.—¡Muerto Xaintrailles! ¡Con él pierdo un ejército! (Sale un caballero y habla al oído de DUNOIS, que queda estupefacto.)

DUNOIS.—Este golpe nos faltaba.

CARLOS.—Veamos. ¿Hay más?

DUNOIS.—Un mensaje del conde Douglas. Los escoceses se insurreccionaron con abandonar sus puestos si no reciben hoy mismo sus atrasos.

CARLOS.—¡Duchatel!

DUCHATTEL.—(Encogiéndose de hombros.) Señor, no sé qué decir.

CARLOS.—Promete, empeña cuanto tengas... la mitad de mi reino.

DUCHATTEL.—Vanos recursos, empleados ya con harta frecuencia.

CARLOS.—¡Mis mejores tropas! No; no conviene que me abandonen ahora los escoceses; de ningún modo.

EL CONSEJERO.—(Hincando la rodilla.) Señor, socórrenos. Atiende a nuestra angustiosa situación.

CARLOS.—(Desesperado.) ¿Pero acaso puedo yo hacer que broten ejércitos de una patada? ¿Puedo hacer que nazca un campo de trigo en la palma de la mano? Hacedme pedazos; arrancadme el corazón y repartidlo en vez de dinero. Puedo daros mi sangre, pero no oro, no soldados. (Ve salir a INÉS y va a su encuentro con los brazos abiertos.)

ESCENA IV

Dichos. INÉS SOREL trayendo un cofrecillo.

CARLOS.—Inés mía, vida mía, ven a sacarme de la desesperación. Deja que te vea y me refugie en tus brazos. Mientras te posea a ti, nada habré perdido.

INÉS.—¡Mi señor! (Mirando en torno suyo con recelo.) ¿Será verdad, Dunois?..

¿Duchatel?

DUCHATTEL.—¡Ay de mí!

INÉS.—¿Hemos llegado ya al extremo, de que las tropas no reciban su paga y quieran desertar?

DUCHATTEL.—¡Por desgracia, es cierto!

INÉS.—(Obligándole a tomar el cofrecillo.) Ahí tenéis joyas, dinero, fundid mi rica vajilla, vended, empeñad mis castillos, mis dominios de Provenza. Convertidlo todo en dinero para satisfacer a las tropas. Daos prisa, vaya; no perdamos tiempo. (Le insta a que salga.)

CARLOS.—¿Qué dices a esto, Duchatel? ¿Qué dices a esto, Dunois? ¿Aún llamaréis pobre a quien posee esta perla de las mujeres? Tan noble como yo, de sangre tan pura como la de los Valois, honra sería del primer trono de la tierra, si no los desdeñara. De mí sólo quiere mi amor. Una flor de invierno, una fruta rara, tales son los únicos regalos que me permite. Y esta mujer que no acepta ningún sacrificio, se muestra solícita en colmarme de ellos. ¡Oh! ¡corazón magnánimo, que arriesga sus riquezas y tesoros cuando me ve en la desgracia!

DUNOIS.—Sí; es una loca como tú. Lo que hace es dar pábulo a las llamas, o empeñarse en llenar el tonel de las Danaides. No te salvará y se perderá contigo.

INÉS.—No le creas. Veinte veces arriesgó su vida por ti, y ahora me quiere mal porque te doy mi dinero. ¿Te habré sacrificado por ventura cuanto poseo, cuanto vale más que el oro y las perlas, para no compartir contigo mi dicha? Ven, ¡prescindamos de toda pompa inútil, y permite que te de un ejemplo de abnegación! Convierte la corte en

un campamento, en hierro el oro, arroja resueltamente por tu corona cuanto poseas. Ven, ven; compartiremos los peligros y las privaciones. Ensillemos nuestros caballos de batalla. Vibre el sol sus rayos sobre nuestras corazas, tengamos por dosel las nubes, por almohada las piedras. Deja, que para soportar con paciencia sus fatigas, le bastará al aguerrido soldado ver que su Rey reclama también su parte en ellas.

CARLOS.—(Sonriendo.) Sí; ahora se cumple la profecía de aquella monja extática de Clermont, que predijo que una mujer me daría la victoria, y reconquistaría para mí la corona de mis padres. La buscaba en las filas de mis adversarios. Me empeñaba en creer que mi madre se reconciliaría conmigo. ¡Error!.... Hela aquí la heroína que debe llevarme a Reims. Escrito estaba que al amor de mi Inés debería el triunfo.

INÉS.—Al esfuerzo de tus soldados, lo deberás.

CARLOS.—Haz cuenta que fío también mucho en las discordias de mis enemigos. Porque si he de dar crédito a ciertos rumores, no se llevan bien como antes los soberbios lores de Inglaterra y mi primo de Borgoña. Por eso envié a La Hire con encargo de traer a su antigua fe y obediencia, a nuestro irascible par. Le aguardo de un momento a otro.

DUCHATTEL.—(Mirando por la ventana.) Él se apea en el patio del castillo.

CARLOS.—Bien venido sea. Vamos a saber a qué atenernos.

ESCENA V

Dichos. LA HIRE

CARLOS.—(Adelantándose a recibirle.) ¿Nos traes alguna esperanza, La Hire? Dinos: ¿sí o no? ¿Qué debemos esperar?

LA HIRE.—Nada, si no es de tu propia espada.

CARLOS.—¿Rehusa el orgulloso duque toda reconciliación? Habla. ¿Cómo acogió el mensaje?

LA HIRE.—Antes que todo, antes de oír tus proposiciones, exige que le entregues a Duchatel, que tiene por matador de su padre.

CARLOS.—¿Y si consentimos en tan infame pacto?

LA HIRE.—Romperá en este caso la alianza, aún antes de que haya producido sus primeros efectos.

CARLOS.—¿Pero le provocaste a desafío, citándole para el puente de Montereau, donde espiró su padre?

LA HIRE.—Le arrojé tu guante diciéndole que querías olvidar tu calidad, para batiarte como caballero por tu corona. A lo cual contestó: “No tengo por qué batiarte por lo que ya poseo; si tanto desea tu amo esgrimir las armas, me verá mañana frente a Orleáns.” Y dicho esto, me volvió la espalda riéndose en son de fisga.

CARLOS. ¿Y no hubo nadie en el Parlamento que hiciera oír la voz de la justicia?

LA HIRE.—La ahoga el odio de los partidos. El Parlamento te expulsa del trono, a ti y a tu descendencia.

DUNOIS.—¡Cobarde arrogancia del villano, convertido en señor!

CARLOS.—¿Nada intentaste para atraer a mi madre?

LA HIRE.—¿A tu madre?

CARLOS.—Sí. ¿Te dio a entender algo?

LA HIRE.—(Después de algunos instantes de reflexión.) Cuando llegué a Saint-Denis, se celebraba la coronación del nuevo rey. Había que ver a los parisienses, engalanados como para una fiesta, y los arcos de triunfo en las calles, por donde pasaba el monarca inglés con su séquito. Las flores tapizaban el suelo. El pueblo, ebrio de alegría, se

agolpaba junto a la carroza, ni más ni menos que si Francia hubiese ganado la más brillante victoria.

INÉS.—¡Ebrio de alegría el pueblo! Ebrio sin duda, de pisotear el corazón del mejor, del más clemente soberano.

LA HIRE.—Vi al joven Enrique Lancaster, sentado en el augusto trono de San Luis. Junto a él sus tíos los altivos Bedford y Gloucester. ¡Y el duque Felipe hincaba la rodilla delante de aquel trono, y rendía pleito-homenaje en nombre de sus estados!

CARLOS.—¡Infame par!... ¡Indigno primo!

LA HIRE.—El niño parecía turbado, y al subir las primeras gradas, tropezó. ¡Mal presagio! murmuró el pueblo, y hubo un momento de risa. Entonces se adelantó la Reina, tu propia madre, quien... no... horrible es decirlo...

CARLOS.—Prosigue...

LA HIRE.—Quien cogió en brazos al niño y le sentó en el mismo trono de tu padre.

CARLOS.—¡Oh!... ¡madre mía!... ¡madre mía!

LA HIRE.—Los mismos borgoñones, los feroces, los sanguinarios borgoñones, se han estremecido de vergüenza ante semejante espectáculo. Lo advierte ella y volviéndose al pueblo exclama en voz alta: “Franceses, agradecedme que ingerte en el degenerado tronco nuevo y verde tallo. No quisiera el cielo que tengáis por soberano al depravado hijo de un demente.” (El Rey se cubre el rostro con las manos. INÉS se lanza hacia él, y le abraza. Todos los presentes manifiestan su disgusto e indignación.)

DUNOIS.—¡Fiera! ¡Furia infernal!

CARLOS.—(A los consejeros, después de una pausa.) Lo habéis oído, señores. Daos prisa, pues; regresad a Orleáns y decid que redimo a la noble ciudad del juramento prestado. Decidla que puede rendirse a Felipe para su seguridad. Le llaman el benigno. Esperamos que se mostrará tal.

DUNOIS.—¡Cómo, señor!. ¿Abandonar a Orleáns?

EL CONSEJERO.—(Arrodillándose.) ¡Oh! ¡señor! No nos retires tu auxilio. ¡No dejes que caiga en poder de Inglaterra tu fiel ciudad! Cede a mi ruego. Es el más bello florón de tu corona, y no hubo otra que se mostrara más leal a sus reyes, tus mayores.

DUNOIS. ¿Acaso hemos sido vencidos? ¿Podemos desertar nuestros puestos sin descargar un solo golpe? Sin que haya corrido la sangre todavía, ¿pretendes por ventura arrancar del corazón de la patria, su mejor fortaleza?

CARLOS.—Harto corrió la sangre y siempre inútilmente. El cielo está contra mí. Donde quiera que se presentan mis ejércitos son derrotados. Me repudia el Parlamento, y tanto él como el pueblo acogen con alegría a mi adversario. Hasta mis parientes me abandonan y me hacen traición. Mi propia madre alienta al extranjero y a los de su ralea. No queda otro recurso que retirarnos a la otra orilla del Loira y sustraernos al poder de Dios, que combate por los ingleses.

INÉS.—¡Desesperar de nosotros mismos, y volver la espalda a este reino! No. ¡Dios no lo quiere!... No, no es propio tal designio de un ánimo esforzado. Sin duda, la conducta infame de una madre desnaturalizada partió el corazón de mi Rey, pero volverás en ti, Carlos, y con varonil consejo harás frente al destino que te abrumba.

CARLOS.—(Ensimismado y sombrío.) ¿Lo negaréis aún? Pesa la fatalidad sobre la raza de los Valois, raza maldecida de Dios. Los vicios de una madre criminal han desencadenado en esta casa las furias. Mi padre vivió veinte años víctima de la demencia; mis tres hermanos mayores murieron en la flor de su vida. ¡Ah! no hay duda; la dinastía de Carlos sexto debe perecer. Así lo ordena el cielo.

INÉS.—Mejor dirías que está destinada a rejuvenecer contigo. Recobra la confianza en tus propias fuerzas que no en vano la muerte te perdonó entre tus hermanos para llamarte a ti el más joven, al honor inesperado de ocupar el trono. A la bondad de tu

alma fio el cielo el remedio, que tarde o temprano cicatrizará las heridas de este país, despedazado por el furor de las pasiones. Mi corazón me dice que has de sofocar las llamas de la guerra civil y restablecer la paz, fundando un nuevo reino en Francia.

CARLOS.—Deliras. Los tiempos de borrasca y discordias reclaman más enérgico piloto. Quizá hubiese hecho feliz a una nación pacífica, mas nada puedo contra desencadenados furores, y renuncio a franquearme con la espada los corazones que el odio me cierra.

INÉS.—El pueblo está ciego, víctima del engaño, pero bien pronto se desvanecerá su delirio. No está lejos el tiempo en que sienta reavivarse su amor por la antigua dinastía, amor profundamente arraigado en el corazón de los franceses, y con él los odios y celos que separan a ambos países. Llegará el momento en que su propia fortuna aterrará al arrogante vencedor. Cesa, pues, de empeñarte en desertar precipitadamente del campo de batalla, y pelea palmo a palmo y lucha por Orleáns como por tu vida. Húndanse antes los puentes que conducen a la otra orilla del Loira, tu laguna Estigia, la última frontera de tu reino.

CARLOS.—Hice ya cuanto pude. Quise reconquistar mi corona batiéndome como caballero en singular combate, y mi enemigo rehusa batirse. ¿Iré a prodigar ahora la sangre de mis vasallos y a ver cómo caen reducidas a polvo mis fortalezas? ¿Acuchillaré, como mi despiadada madre, al hijo de mis entrañas? No; prefiero que viva y renunciar a él.

DUNOIS.—¡Esto dice un rey, señor! ¿Así vende su corona? La patria lo es todo cuando la guerra civil enarbola su estandarte. El último de sus hijos no vacila en sacrificarle sus bienes, su odio, su amor. El labrador deja el arado, la mujer el torno, niños y ancianos corren a las armas, el ciudadano incendia los fuertes de la ciudad, y el campesino sus cosechas en tu daño o en tu servicio. Llevados del impulso que a todos arrebató, nada les cuesta, nada economizan, nada excusan ni esperan que nada se excuse con ellos, porque ha hablado el honor y combaten por sus dioses, y por sus ídolos. ¡Afuera, pues, femeniles escrúpulos que no sientan bien en el ánimo de un rey! Deja que siga la guerra su camino de desastres. No eres tú quien debe acusarse de haberla provocado con ligereza. Es ley que un pueblo debe saber morir por su soberano, y no creo que el francés quiera sustraerse a ella. ¡Vergüenza para la nación que regatea a su honor semejante sacrificio!

CARLOS.—(A los consejeros.) No aguardéis de mi otra resolución. Que Dios os guarde, señores. No puedo más.

DUNOIS. Puesto que es así, quiere el cielo que la victoria te vuelva la espalda, como tú al trono de tus mayores. Cedés tú a la flaqueza. Yo te abandono a mi vez. Tu propia pusilanimidad, y no la coalición de Borgoña a Inglaterra, te arroja del trono. Antes los reyes de Francia nacían héroes, pero tú, tú no tienes en las venas una sola gota de sangre generosa. (A los consejeros) El Rey os despide. Yo voy con vosotros a Orleáns. Es la patria de mi padre y quiero enterrarme en sus ruinas. (Intenta salir. INÉS le detiene.)

INÉS.—(Al Rey.) ¡Oh!... ¡no permitas que se vaya enojado! Su lenguaje es rudo, pero su corazón, puro como el oro. Te ama y mil veces dio por ti su sangre. Acercaos, Dunois, y confesad que en el arrebato de vuestra cólera os habéis excedido un poco; y tú perdona a tan fiel amigo la viveza de sus palabras. ¡Oh! venid; venid. Dejad que me apesure a reconciliaros antes que devore vuestros ánimos el fuego mortal, inextinguible, de la cólera. (DUNOIS clava la mirada en el Rey, como aguardando su respuesta.)

CARLOS.—(A DUCHATEL.) Pasaremos el río. Ordenad al momento que embarquen mi equipaje.

DUNOIS.—(A INÉS con sequedad.) Adiós. (Se vuelve y vase; los consejeros le siguen.)

INÉS.—(Untando las manos con desesperación.) ¡Dios mío! Si se va, estamos perdidos. La Hire, seguidle... tratad de calmar su enojo. (LA HIRE se va.)

ESCENA VI

CARLOS. INÉS SOREL. DUCHATEL.

CARLOS.—No parece sino que la corona es el único bien de este mundo. ¿Será tan difícil separarse de ella? Algo más difícil me parece dejarse gobernar por tales hombres arrogantes e imperiosos, y vivir por la gracia de tan orgullosos vasallos. Éste sí que es suplicio para un corazón noble, suplicio más cruel, sin duda, que el infortunio: (A DUCHATEL, que parece aún vacilante.) Ve; cumple mis órdenes.

DUCHATEL.—(Arrojándose a sus pies.) ¡Oh, señor!

CARLOS.—Ni una palabra más. Lo he resuelto.

DUCHATEL.—Firma la paz con el duque de Borgoña; ya que es tu única salvación.

CARLOS.—¿Y eres tú quien me la aconsejas, tú que debes pagarla con tu sangre?

DUCHATEL.—Dispón de mi cabeza que tantas veces arriesgué por, ti en el campo de batalla y llegaré por ti al cadalso con gusto. Aplaca la cólera del duque. No vaciles en entregarme a ella. ¡Ojalá mi sangre apagara estos encarnizados odios!

CARLOS.—(Le contempla un instante con emoción, sin decir palabra.) ¿Será verdad? ¿Tan grande es mi humillación, que ya mis amigos, los que me conocen, me indican para salvarme el camino del oprobio? Sí; ahora comprendo cuán profunda es mi caída. Nadie tiene fe en mi honor.

DUCHATEL.—Atiende...

CARLOS.—¡Silencio!... No irrites más mi cólera. Nunca jamás, aun cuando debiera renunciar a diez reinos, jamás consentiré en comprar mi salvación con la vida de un amigo. Cumple mis órdenes. Haz que embarquen mi equipo de guerra.

DUCHATEL. Obedezco. (Se va. INÉS SOREL rompe a llorar.)

ESCENA VII

CARLOS. INÉS SOREL.

CARLOS.—(Tomándole la mano.) Enjuga tus lágrimas, Inés mía. Allende el Loira hay todavía una Francia, y bogamos hacia más felices climas. Sonríe allí un cielo sereno y sin nubes, es tibio el ambiente, suaves las costumbres, y el amor, la vida, las canciones, reinan y florecen en aquella región.

INÉS. ¿Por qué vieron mis ojos la luz de este día de calamidades y desgracia? ¡Desterrado el Rey! ¡El hijo abandonando la casa de sus padres, volviendo la espalda a su cuna! ¡Jamás volveremos a hollarte con ligera planta, oh caro país, que abandonamos para siempre!

ESCENA VIII

Dichos. LA HIRE.

INÉS.—¿Volvéis solo?... ¿No le traéis? (Observándole con más atención.) ¿Qué hay, La Hire? ¿Qué es lo que leo en vuestra mirada? Un nuevo desastre sin duda.

LA HIRE.—No. Agotada la suma de desgracias, reaparece un rayo de sol.

INÉS.—¡Cómo! ¡Explicaos!

LA HIRE.—Manda que sean de nuevo llamados los consejeros de Orleáns.

CARLOS. ¿Por qué?... ¿Qué ocurre?

LA HIRE.—Mandá que sean llamados. Tu suerte ha mudado de aspecto. Acaba de ocurrir un encuentro entre ambos ejércitos, en el cual has salido vencedor.

INÉS.—¡Vencedor!... ¡Grata musica del cielo trae a mis oídos esta palabra!

CARLOS.—Sin duda te equivocas con una falsa noticia. ¡Vencedor! No creo ya en la victoria.

LA HIRE.—Otros milagros te verás forzado a creer. Ahí viene el arzobispo que te trae a Dunois.

INÉS.—¡Oh, delicada flor de la victoria! ¡Cuán pronto produce sus divinos frutos, la concordia y la paz!

ESCENA IX

Dichos. El ARZOBISPO DE REIMS. DUNOIS. DUCHATEL. RAOUL armado.

EL ARZOBISPO. — (Conduciendo junto al Rey a DUNOIS, e imponiendo en ambos las manos.) Abrazaos, príncipes, y callen desde ahora todos los resentimientos. El cielo se pone de nuestra parte. (DUNOIS abraza al Rey.)

CARLOS.—Sacadme pronto de la duda y la sorpresa.. ¿Qué significa este solemne cuidado? ¿A qué prodigio se debe tan rápida mudanza?

EL ARZOBISPO—(Toma de la mano a RAOUL y lo presenta al Rey.) Hablad.

RAOUL.—Habíamos armado los de Lorena diez y seis compañías para acudir en tu socorro, eligiendo por jefe al caballero Baudricourt de Vaucouleurs. Llegados a las cimas de Vermanton y cuando bajábamos a los valles que riega el Yonne, se presentó de súbito enfrente de nosotros el enemigo en la llanura. Volvimos la cabeza, y vimos también que a nuestra espalda centelleaban sus armas. Dos ejércitos nos rodean sin dejarnos más esperanza que vencer o morir. Flaqueaban ya los más valientes y estaban a punto de rendirse nuestros soldados, mientras deliberaban en vano los jefes, cuando ¡oh, inaudito milagro! sale de repente del bosque una doncella, cubierta la cabeza de un casco, y parecida a la diosa de las batallas, terrible y hermosa al par. Su cabellera caía en negras trenzas sobre los hombros, y apenas habló, iluminó la altura vivo resplandor que parecía venido del cielo. “Franceses —dice—, valientes franceses, ¿por qué tembláis? ¡Sus al enemigo! Adelante, aunque fuera más numeroso que las arenas del mar. Dios y la santa Virgen están con vosotros.” Y esto diciendo, arranca el estandarte de manos del que lo llevaba, con ánimo resuelto se pone a la cabeza de los batallones. Como cediendo a involuntario hechizo y mudos de sorpresa, corremos nosotros tras la bandera y quien la enarbola, y sin vacilar un punto, caemos sobre el enemigo. Sobrecogidos de estupor e inmóviles nuestros adversarios, permanecen un instante deslumbrados por tal prodigio, y después, como aterrorizados ante el poder divino, acuden a la fuga arrojando las armas. El ejército entero se desbanda por la llanura. Ni la voz del caudillo, ni el llamamiento de los jefes, nada les detiene. Muertos de miedo, sin volver siquiera la cabeza, hombres y caballos se precipitan a tumbos en el río, o se dejan degollar sin resistencia, y degenera, el combate en verdadera carnicería. Diez mil enemigos mueren en el campo de batalla, sin contar los que se ahogaron en el río, mientras ni uno solo de nosotros recibió el más ligero rasguño.

CARLOS.—¡Esto es raro, vive Dios, y casi milagroso!

INÉS—¿Y este prodigio, decís que lo realizó una doncella? ¿De dónde venía? ¿Quién era?

RAOUL.—Sólo al Rey quiere revelarlo. Ella dice que es una visionaria, una profetisa enviada de Dios, y habla de libertar a Orleáns antes que pase la luna. El pueblo, henchido de fe en su poder, se muestra ávido de combate. Sigue al ejército y se hallará aquí bien pronto. (Suenan dentro campanas, y se oye ruido de armas.) ¿Oís el rumor de la multitud? ¿Oís las campanas? Es ella. El pueblo saluda a la enviada de Dios.

CARLOS—(A DUCHATEL.) Que la traigan a mi presencia. (Al ARZOBISPO.) ¿Qué debemos pensar de semejante suceso? Una muchacha me trae la victoria, cuando ya sólo el poder de Dios podía salvarme. Decidnos, monseñor, si no es llegado el caso de creer en milagros.

ALGUNAS VOCES—(Dentro.) ¡Viva la doncella! ¡Viva quien nos ha salvado!

CARLOS.—Ya está aquí. Ven a ocupar mi sitio, Dunois. Quiero poner a prueba a esta mujer, dotada del don de hacer milagros. Si es realmente una enviada del cielo, y obedece a inspiración divina, reconocerá al Rey. (DUNOIS se coloca donde estaba el Rey, con INÉS SOREI a la izquierda. El ARZOBISPO con los demás, enfrente de ellos, dejando libre el centro de la escena.)

ESCENA X

Dichos. JUANA, seguida de algunos consejeros, y gran número de caballeros, que ocupan el fondo. Se adelanta con dignidad, y mira en torno suyo.

DUNOIS.—(Después de una pausa.) ¿Eres tú doncella predestinada?

JUANA.—(interrumpiéndole, y mirándole con serenidad y altivez.) Bastardo de Orleáns, quieres tentar sin duda a Dios. Levántate y deja este sitio que no te corresponde. Dios me envía a aquél, más grande que tú. (Se dirige resueltamente hacia el Rey, hincando en tierra una rodilla, y se levanta luego, retrocediendo un paso. Muestras de general asombro. DUNOIS se levanta. Se abren las filas para dejar libre el paso al Rey.)

CARLOS.—Si hoy me has visto por primera vez, ¿a quién debes tu ciencia?

JUANA.—Te he visto donde nadie te veía sino Dios. (Acercándose al Rey y con misterio.) Pocas noches ha —recoge tus recuerdos— cuando todo dormía en torno tuyo, dejaste el lecho para dirigir a Dios ferviente plegaria. Haz que salgan todos, y te diré cuál era ésta.

CARLOS.—No tengo por qué ocultar a los hombres lo que confiaba a Dios en aquel momento supremo. Si revelas mi oración, cesaré de dudar al instante de tu misión divina.

JUANA.—Le pedías a Dios tres cosas. Estame atento. Primero le invocabas a fin de que te aceptara como víctima expiatoria, en lugar de tu pueblo, y derramara sobre tu cabeza los tesoros de su cólera, en el caso en que algún crimen cometido por tus mayores, e impune todavía, o algún bien mal adquirido, fuera la causa de esta lamentable guerra.

CARLOS.—(Retrocediendo de espanto.) ¿Pero quién eres tú, poderosa criatura? ¿De dónde vienes? (Asombro general.)

JUANA.—Luego dirigiste a Dios esta segunda oración: “Si está decretado y es tu voluntad, ¡Dios mío! que caiga de mis manos el cetro de mi raza, y pierda cuanto poseyeron mis antepasados en este reino, sólo te pido que me dejes tres cosas: una conciencia tranquila, el afecto de mis amigos y el amor de mi Inés.” (El Rey oculta el

rostro, deshecho en lágrimas. Movimiento de estupor en los circunstantes. Pausa.) ¿Te diré ahora cuál fue tu tercer voto?

CARLOS.—Basta; creo en ti. Tu poder es sobrenatural, y Dios quien te envía.

EL ARZOBISPO.—Pero ¿quién eres tú, santa hija del milagro? ¿Cuál fue el afortunado país que te ha visto nacer? Habla: ¿quiénes son tus padres, elegidos de Dios?

JUANA.—Juana es mi nombre, venerable señor. Nací en tierra de mi Rey, en Domremy, diócesis de Toul. Soy la humilde hija de, un humilde pastor, y pasé la infancia guardando los ganados de mi padre. Oía sin embargo hablar mucho de un pueblo de isleños, venidos a través del Océano, para esclavizarnos e imponernos por la fuerza un rey extranjero que Francia no quería. Oí decir también, que la gran ciudad de París estaba ya en poder de ese pueblo, que iba a conquistar el reino entero. Yo rogaba a María, madre de Dios, que alejara de nosotros el oprobio de la esclavitud y nos conservara nuestro Rey. A la entrada de mi pueblo natal hay una imagen de la Virgen, muy visitada por gran número de peregrinos, y junto a ella una vieja encina, famosa por sus milagros. A su sombra solía apacentar mis ganados, y me sentía atraída hacia aquel lugar. Cuando perdía en la montaña uno de mis corderos, bastaba que me hubiese dormido a la sombra de la encina, para que le encontrara en seguida. Y ocurrió que una noche sentada debajo de aquel árbol, con piadoso recogimiento, y esforzándome en vencer el sueño, se me apareció de repente la Virgen María, llevando en una mano una espada, y en la otra un estandarte, pero vestida, como yo, de simple pastora, y dijo: “Soy yo, Juana, levántate y deja tus rebaños, que Dios te impone otros deberes. Toma ese estandarte, ciñe esa espada, extermina a los enemigos de mi pueblo, conduce a Reims al hijo de tu Rey y coloca en su cabeza la corona real.” Y yo le dije: “Pero ¿cómo voy a hacerlo, si soy una débil mujer, ignorante del arte de la guerra?” Y ella me dijo: “Nada es imposible a la casta virgen que sabe resistir al amor terreno; toma ejemplo de mí, que soy también una simple virgen como tú y di a luz a Dios Nuestro Señor y participo de la divinidad.” Diciendo esto, tocó mis párpados, y ví cubrirse de ángeles el cielo, y llevaban en las manos flores de lis, y al son de melodiosa música se esparcieron por los aires. Por tres noches consecutivas la bienaventurada María se me apareció así y me dijo: “Juana, levántate, que el Señor te llama a otros deberes. Y cuando llegó la tercera noche, su mirada era severa, y me reprendió diciendo: “El deber primero de la mujer en la tierra es la obediencia, y la resignación su ley, porque obedeciendo se purifica. Quien habrá obedecido en la tierra, será grande en el cielo.” Diciendo esto se despojó de sus vestiduras; y ví a la Reina del cielo en todo el esplendor de su gloria, y lentamente envuelta en nubes de oro, fue arrebatada a la celestial región de los éxtasis, donde desapareció. (Emoción general. INÉS, deshecha en lágrimas, oculta el rastro en brazos del Rey.)

EL ARZOBISPO.—(Después de larga pausa.) En presencia de semejante testimonio de la gracia divina, deben callar las dudas de la humana razón. Esta niña atestigua sus palabras con sus actos. Sólo Dios puede realizar tales milagros.

DUNOIS.—Su mirada, el suave candor de su rostro, y no estos milagros, me persuaden a creerla.

CARLOS.—¿,Merecía yo, miserable pecador, esta gracia?... ¡Oh! Tú cuya mirada infalible lee en los corazones, bien ves la humildad en el fondo del mío.

JUANA.—La humildad de los grandes complace al cielo. Te humillaste, y Dios te exalta.

CARLOS.—¿Podré, pues, hacer frente a mis enemigos?

JUANA.—Te prometo poner a tus plantas a Francia sumisa.

CARLOS.—¿Y dices que Orleáns no se rendirá?

JUANA.—Antes verás al Loira refluir hacia la fuente.

CARLOS.—¿Y entraré triunfante en Reims?

JUANA. Yo te llevaré a Reims, aunque sea a través de mil peligros. (Todos los caballeros sienten reanimarse su bélico ardor, y blanden lanzas y escudos.)

DUNOIS.—Marcha a la cabeza de nuestro ejército; donde quiera que nos conduzca la celestial doncella, allí la seguiremos ciegamente. Diríjanos su profética mirada, que yo me encargo de protegerla.

LA HIRE.—Levántese contra nosotros el mundo entero. Nada tememos mientras ella nos guía. El Dios de la victoria va con ella. ¡Guerra! Que su potente mano nos dirija. (Los caballeros hacen chocar las armas de golpe y se adelantan.)

CARLOS.—Sí, santa doncella, manda mis ejércitos y a mis jefes. Esta espada soberana que en momento de enojo me devolvió el condestable, halló una enano más digna que la suya. Tómala y marchemos...

JUANA: Detente, noble delfín. No es esta la que dará la victoria a mi señor, no; sé otra con la cual venceré. Quiero designártela, según las órdenes que recibí del Altísimo, para, que mandes por ella.

CARLOS.—Habla, Juana. ¿Qué debe hacerse?

JUANA.—Envía a la vieja ciudad de Fierbois, y al subterráneo que hay en el cementerio de Santa Catalina, donde se guardan a montones manojos de armas, botín de antiguas victorias. Allí se hallará la que debo llevar, reconocible por las tres flores de lis, grabadas en oro en la floja. Manda por ella. Con ella vencerás.

CARLOS.—Irán por ella, y se hará como dices.

JUANA.—Que me traigan también una bandera blanca, festonada de púrpura; pues con esta bandera se me apareció la Madre de Dios. En sus pliegues se halla representada la Reina de los cielos, con el niño Jesús en los brazos, y cerniéndose sobre la tierra.

CARLOS.—Se hará como dices.

JUANA.—(Al ARZOBISPO.) Ahora, venerable prelado, imponedme las manos y bendecid a vuestra humilde hija. (Se arrodilla.)

EL ARZOBISPO.—No; no has venido aquí a recibir, sino a repartir bendiciones. Ve, Juana. Fuerza sobrenatural te anima, y nosotros, por el contrario, somos indignos pecadores. (JUANA se levanta.)

UN ESCUDERO.—Acaba de llegar un heraldo del jefe del ejército inglés.

JUANA.—Que entre; Dios le envía (El Rey hace una señal y el escudero se va.)

ESCENA XI

Dichos. El HERALDO.

CARLOS. ¿Qué vienes a anunciarnos, heraldo?... Dinos tu mensaje.

EL HERALDO. ¿Quién de vosotros habla en nombre de Carlos de Valois, conde de Ponthieu?

DUNOIS.—¡Vil miserable!... ¡Infame bellaco! ¿Cómo te atreves a renegar del Rey de Francia en sus propios dominios? Da gracias a Dios de que tu armadura te proteja, sino...

EL HERALDO.—Francia sólo reconoce un rey, y éste se halla en el campamento inglés.

CARLOS.—Calma, primo. Y tú, heraldo, dinos tu mensaje.

EL HERALDO.—Mi noble jefe, deplorando a la vez la sangre vertida y la que debe verterse, y antes de desenvainar la espada y que sucumba Orleáns, viene a proponerte la reconciliación.

CARLOS.—Oigamos.

JUANA.—(Adelantándose.) Permítame, señor, que hable en tu lugar al heraldo.

CARLOS.—Como quieras. A ti te corresponde decidir entre la paz y la guerra.

JUANA.—(Al HERALDO.) ¿Quién te envía y habla por tu boca?

EL HERALDO.—El jefe del ejército inglés, el conde Salisbury.

JUANA.—Heraldo, mientes; Salisbury no habla ya, porque sólo hablan los vivos, no los muertos.

EL HERALDO.—Juro que mi jefe vive y se halla robusto y en salud, y dispuesto a perderos a todos.

JUANA.—Vivía aún a tu partida, pero esta mañana, como se asomara a la torre de Tournelles, cayó muerto de un tiro del enemigo. Sonríes porque te anuncio lo que ocurrió lejos de aquí, y antes crees a tus ojos que a mis palabras, pero cuenta que a tu regreso has de encontrarte con su entierro. Ahora, veamos tu mensaje.

EL HERALDO.—Puesto que nada se te oculta, sin duda lo sabes antes que yo lo diga.

JUANA.—Poco me importa, pero te diré a mi vez el mío, que puedes repetir a tus príncipes: Rey de Inglaterra, y vosotros, duques de Bedford y de Gloucester, que os habéis apoderado de este reino, dad cuenta a Dios de tanta sangre vertida. Apresuraos a entregar las llaves de cuantas ciudades ocupáis por la fuerza, contra el derecho divino. Ved que llega la doncella enviada de Dios, y os ofrece la paz o la guerra. Elegid, porque os digo que el Hijo de María no creó para vosotros la hermosa Francia, sino para Carlos; mi señor delfín, a quien Dios la cedió para siempre, y ha de entrar como rey en París acompañado de sus nobles., Ahora, heraldo, parte diligente, pues antes de que llegues al campamento con tu mensaje, estará allí la doncella tremolando en los muros de Orleans su triunfante bandera. (Se va. Todo se conmueve en torno suyo. Cae el telón.)

ACTO II

Sitio rodeado de peñascos.

ESCENA PRIMERA

TALBOT y LIONEL, jefes ingleses. FELIPE DE BORGONA. El caballero FALSTOLF y CHATILLON. Junto a ellos algunos soldados con banderas.

TALBOT.—Aquí, entre estas rocas, podemos acampar y hacer alto un instante, con tal que logremos replegar las fugitivas tropas que ha dispersado repentino terror. Ocupad vosotros la altura y estad alerta. La noche al menos nos libra del enemigo y no debemos temer ninguna sorpresa; porque no tienen alas que sepamos. Conviene, sin embargo, redoblar nuestra vigilancia. Es gente que no se duerme en las pajas, y no hay que olvidar que fuimos vencidos. (El caballero FALSTOLF Se retira y los soldados le siguen.)

LIONEL.—¡Vencidos! general... ¡Ah! No repitáis esta palabra, porque todavía no he cesado de preguntarme si es realmente cierto que los franceses hayan visto huir a los ingleses a su sola presencia. ¡Orleáns! ¡Orleáns! ¡Tumba de nuestra gloria! ¡En tus campañas se hundió el honor de Inglaterra! Derrota vergonzosa y ridícula. ¿Quién con el tiempo querrá creerlo? Verse arrojados por una mujer, los vencedores de Poitiers, de Crecy, de Azincourt.

FELIPE.—Consolémonos pensando que fuimos vencidos por el demonio, no por los hombres.

TALBOT.—Sí, por el demonio de nuestra necedad. ¡Bueno fuera que los príncipes se dejaran amedrentar por este espantajo del vulgo! Mala capa es la superstición para

encubrir vuestra cobardía; pues si no me engaño, vuestras tropas fueron las primeras en desbandarse.

FELIPE.—Nadie se contuvo... Todos huyeron a la vez.

TALBOT.—No, monseñor; la fuga empezó en el ala que formaba vuestra gente, y vos mismo corristeis a nosotros gritando que se había desencadenado el infierno y que Satanás combatía por los franceses. Así introdujisteis el desorden en nuestras filas.

LIONEL.—Esto sí que no lo negaréis. Vuestras tropas fueron las primeras en huir.

FELIPE.—Porque fueron las primeras en resistir al empuje del contrario.

TALBOT.—La doncella conocía que aquél era el punto débil de nuestro campamento, y sabía dónde hallar el miedo.

FELIPE. ¿Es decir que pretendéis hacer responsable a Borgoña de los desastres de la jornada?

LIONEL.—Si hubiésemos sido todos ingleses, sólo ingleses, no perdíamos Orleáns.

FELIPE.—Claro que no, porque nunca lo hubierais poseído. ¿Quién os abrió camino hasta el corazón del reino? ¿Quién os tendió la mano cuando arribasteis a la playa enemiga? ¿Quién coronó a Enrique en París y sometió a su obediencia a los franceses? Vive Dios, a no baberos llevado a París el esfuerzo de mi brazo, corríais el albur de no ver en la vida el humo de las chimeneas francesas.

LIONEL.—Si se venciera con pomposas palabras, no dudo, duque, que os bastáis para conquistar Francia entera.

FELIPE. Como os contraría la pérdida de Orleáns, queréis ahora verter sobre mí, vuestro aliado, la hiel de vuestra cólera. Mejor sería tal vez que meditarais en las causas de semejante pérdida. Orleáns iba a rendírseme, y vuestra envidia lo impidió.

TALBOT.—¿Acaso creéis que vinimos a sitiarse por afecto a vos?

FELIPE.—¿Y qué sería de vosotros si os retirara mi auxilio?

LIONEL.—No habíamos de pasarlo peor que en Azincourt, donde hicimos frente a vos y a Francia entera.

FELIPE.—Lo cual no ha impedido que comprendierais la utilidad de nuestra alianza, y que el lugarteniente del reino la haya pagado harto cara.

TALBOT.—Muy cara, harto cara, tenéis razón, tan cara que la pagamos hoy delante de Orleáns con nuestro honor.

FELIPE.—Doblemos la hoja, milord, que podíais arrepentiros de tales palabras. ¿Creéis, por ventura, que deserté la legítima bandera de mi soberano, y atraje sobre mí la nota de traidor, para soportar estos ultrajes de un extranjero? ¿Qué saco yo de combatir contra Francia? Si he de servir a ingratos, más me valiera servir a mi Rey.

TALBOT.—Ya sabemos que estáis en tratos con el delfín, pero hemos de encontrar medio de guardarnos de la traición.

FELIPE.—¡Mal rayo!... ¿Así se me trata? Chatillon, preparaos a partir, regresaremos a nuestro campo. (Se va CHATILLON.)

LIONEL.—Buen viaje. Nunca brilló con más esplendor la gloria de Inglaterra, que cuando la fió a su propio esfuerzo combatiendo sola, sin aliados. Obre cada cual por su cuenta y riesgo. Sigue siendo eterna verdad, que sangre francesa y sangre inglesa nunca lograron hacer buena mezcla.

ESCENA II

Dichos. La reina ISABEL, seguida de un paje.

ISABEL. ¿Qué es lo que oigo, señores? Deteneos. ¿Qué mala estrella os saca de tino? Cuando es más necesaria que nunca la concordia para salvarnos, váis a dividirnos y

a precipitar vuestra pérdida con intestinas querellas? ¡Por favor, noble duque!... Revocad esta orden violenta, y vos, glorioso Talbot, calmad la cólera de vuestro amigo. A ver, si entre los dos hacemos entrar en razón a estos hombres altivos... Vaya, ayudadme en la obra de reconciliarlos.

LIONEL.—No contéis conmigo para eso, señora, porque me importa muy poco. Soy de parecer que cuando dos no pueden entenderse, lo mejor es separarse.

ISABEL.—¿Es decir que después de habernos sido tan funestos en el campo de batalla, los sortilegios del infierno seguirán perturbando los ánimos? ¿Cuál de vosotros inició la querrela? Hablad. (A TALBOT.) ¿Fuisteis vos acaso, noble lord, quien se olvidó de sus intereses hasta el punto de ofender a tan digno aliado? ¿Y qué seríais sin su auxilio? El colocó a vuestro rey en el trono, y le sostiene en él, y le arrojará de él cuando quiera. Su ejército es vuestra fuerza, y más que su ejército su nombre. Porque habéis de saber que si el reino hubiese permanecido unido, vuestros esfuerzos se estrellarían contra él, y en vano sería que Inglaterra trajese a nuestras costas toda su gente. Sólo Francia puede vencer a Francia.

TALBOT.—Sabemos honrar al amigo fiel, pero la prudencia aconseja desconfiar del falso amigo.

FELIPE.—Nunca dejó de mentir con audacia, el desleal que quiso excusar la gratitud.

ISABEL.—Y vos, duque, ¿llevaréis la indignidad, el descaro hasta el punto de tender la mano al matador de vuestro padre? ¿Seréis tan loco que podáis creer en la sinceridad de una alianza con el delfín, con el mismo a quien habéis puesto a dos dedos de la ruina? ¡En el borde del abismo a que le llevasteis pensáis detenerle, y destruir ¡insensato! la propia obra. Creedme: vuestros amigos son éstos, y sólo hay salvación para vos en la estrecha alianza con Inglaterra.

FELIPE.—¡Lejos de mi ánimo el deseo de firmar la paz con el delfín! Pero tampoco he de soportar jamás los desdenes y el orgullo de la presuntuosa Inglaterra.

ISABEL.—Vaya, decidíos a olvidar una frase irritante. Ya sabéis cuán crueles son para un soldado ciertos yerros, y cuán injustos nos hace la desgracia. Llegad, y abrazaos. Dejadme que borre todo vestigio de disintimiento, antes que sea inolvidable.

TALBOT. ¿Qué os parece de eso, duque? Un alma noble cede de buen grado a la fuerza de la razón, y ta Reina acaba de hablar como mujer discreta. ¡Venga un abrazo! Quiero curar con él la herida que os causó mi lengua.

FELIPE—La Reina habló, es cierto, con sensatez... cede a la necesidad mi justa cólera.

ISABEL.—Muy bien. Sea un beso fraternal el sello de esta nueva amistad. Llévase el viento las vanas palabras. (El duque y TALBOT se abrazan.)

LIONEL.—(Aparte, y contemplando el grupo.) ¡Oh nueva edad de oro de la paz, fundada por una furia!

ISABEL.—Perdimos una batalla, señores, y la suerte se nos mostró adversa, mas no por esto han de flaquear los ánimos. Desesperado de obtener la ayuda del cielo, invoca el delfín a Satanás con sus maleficios, pero ¿qué importa? Dejemos que incurra en la condenación, y el mismo infierno será ímpotente para salvarle. ¿Que una victoriosa doncella guíe el ejército enemigo?... ¡Sea! Yo dirigiré el vuestro, y haré sus veces entre vosotros como profetisa.

LIONEL.—Volveos a París, señora. Con buenas armas y no con mujeres pretendemos vencer.

TALBOT.—Idos, idos... Desde que estáis con nosotros nada va a derechas, y pesa la maldición sobre nuestras armas.

FELIPE—Id con Dios; vuestra presencia no produce nada bueno, e indigna al soldado.

ISABEL.—(Mirando alternativamente a los tres, sorprendida.) ¡También vos, duque, compartís la ingratitud de estos caballeros hacia mí!

FELIPE.—En cuanto cree pelear por vuestra causa, pierde el soldado su valor.

ISABEL.—¡De modo que apenas os he puesto en paz, os coligáis de pronto contra mí!

TALBOT.—Idos, y que Dios os asista, señora. Por lo que a nosotros toca, en cuanto habréis vuelto la espalda, nada deberemos temer del diablo.

ISABEL. ¿Pero no soy vuestra fiel aliada?... ¿Ha cesado de ser mía vuestra causa?

TALBOT.—Lo ignoro. Lo que sí puedo decir, es que la vuestra no es la nuestra, empeñados como estamos en un leal y honrado combate.

FELIPE.—Yo vengo el asesinato de mi padre, y la piedad filial santifica mi empresa.

TALBOT.—Si he de ser franco, vuestro comportamiento con el delfín es el más propio para ofender a Dios y a los hombres juntamente.

ISABEL.—Así la maldición del cielo le hiera hasta la décima generación, porque, se portó conmigo como un criminal.

FELIPE.—Vengaba a un padre y un esposo.

ISABEL.—¡Erigirse en juez de mis actos!

LIONEL.—¡Crimen imperdonable en un hijo!

ISABEL.—¡Atreverse a desterrarme!

TALBOT.—Obedeció a la voz de su pueblo que se lo impuso.

ISABEL.—Pártame un rayo si jamás le perdono. Antes que verle reinar en los dominios de su padre...

TALBOT.—Os sentís pronta a sacrificar el honor de su madre, ¿verdad?

ISABEL.—¡Ah!... vosotros ignoráis, ¡almas flacas! de qué es capaz una madre irritada, ulcerada. Yo amo a quien me hace algún bien y odio a quien me ultraja. Precisamente porque es mi hijo y le llevé en mi seno, es más merecedor de mi odio. La vida que le di, esta vida quiero arrebatarse, si osa, temerario, desgarrar con mano impía las entrañas donde fue concebido. ¿Qué pretexto, qué derecho tenéis vosotros para despojarle, vosotros qué os armáis contra él? ¿Qué crimen le echáis encara? ¿Qué ley quebrantó contra vosotros? Os incita la ambición, os incita la baja envidia. Sólo yo tengo derecho a odiarle, porque yo, yo le di la vida.

TALBOT.—Perfectamente. Por la venganza reconoce a su madre.

ISABEL.—¡Oh, cuánto os desprecio, miserables hipócritas, que no contentos con engañar al mundo, os engañáis a vosotros mismos! ¡Cuánto me complace ver a los ingleses, extendiendo la mano rapaz hacia Francia, donde no tenéis ni un palmo de tierra..., de la que no podéis reivindicar en justicia ni el estrecho espacio que ocupa una herradura! ¡Y qué decir del duque, que se hace llamar el Bueno, y vende su patria, la herencia de sus mayores, al extranjero, al enemigo del reino! Confesad de una vez que os importa muy poco la justicia. ¡Yo al menos aborrezco la hipocresía, y me muestro al mundo como soy!

FELIPE.—Es verdad. ¡Habéis sostenido esta gloria con notable despreocupación!

ISABEL.—Yo soy mujer de pasiones. Mi sangre es ardiente como cualquier otra, y vine aquí a vivir como reina y no para contentarme con la simple apariencia. ¿Iba a renunciar yo a los placeres de la vida, porque se le antojó a la suerte darme por esposo a un mentecato, cuando me hallaba en el vigor de mi briosa juventud? Yo amo mi libertad más que mi vida, y quien osa a ella... Mas ¿por qué disputar aquí sobre mis derechos? ¡Si corre en vuestras venas sangre espesa y tarda! ¡Si ignoráis lo que sea gozar y no tenéis más que bilis! ¡Qué decir del duque, que pasó su vida vacilando, indeciso entre el bien y el mal, y así es incapaz de amar como de aborrecer con pasión! Me voy a Melun. Dadme por compañía y pasatiempo a ese caballero que es de mi agrado (designando a LIONEL), y obrad después como os parezca, que yo consiento con gusto en no ocuparme en mi vida de ingleses ni borgoñones. (Hace una seña a los pajes y se dispone a retirarse.)

LIONEL.—Fiad en que' cuidaremos de enviaros a Melun los más. guapos mozos franceses de los que la guerra ponga en nuestras manos.

ISABEL.—(Volviendo.) Sólo sois buenos para la guerra; no hay como los franceses para galanterías. (Se va.)

ESCENA III

TALBOT. EL DUQUE DE BORGÑA. LIONEL.

TALBOT.—¡Qué mujer!

LIONEL.—Sepamos ahora vuestra opinión, señores. ¿Continuamos huyendo, o retrocedemos a reparar con un golpe de mano la vergüenza de esta jornada?

FELIPE.—Contamos con escasas fuerzas. Las tropas andan dispersas, y es harto reciente todavía el terror que se apoderó de ellas.

TALBOT.—En ese terror ciego, en la súbita impresión de un instante, consiste el secreto de nuestra derrota, pero, en cuanto se vea de cerca, el fantasma de la imaginación sobresaltada se desvanecerá bien pronto. Por esto soy de parecer que al despuntar la aurora, pasemos el río para marchar contra el enemigo.

FELIPE.—Pensad...

LIONEL.—No hay que pensar nada, con vuestro permiso, si no es en reconquistar desde luego el terreno perdido. Seguidnos. De otro modo estamos deshonrados.

TALBOT.—Ya está resuelto. Mañana nos batiremos... A ver si acabamos con este fantasma del terror que extravía a las tropas y paraliza su ánimo. Yo os juro que si cruzarnos los aceros frente a frente con este demonio en figura de doncella, por poco que se ponga al alcance de una espada, le quitaremos las ganas de meterse con nosotros. Y en caso contrario, lo cual me parece más probable, porque eché de ver que la doncella evita un encuentro formal, en caso contrario, se habrá roto el encanto que tiene fascinado al ejército.

LIONEL.—Así sea. En cuanto a mí, general, dignais confiarme la dirección de ese torneo en que no se ha de verter sangre. Espero coger vivo al espectro, y en presencia del mismo bastardo su amante, traerla al campamento inglés para divertimento de las tropas.

FELIPE.—No os las prometáis tan felices.

TALBOT.—Yo os juro que si le echo mano, no he de besarla muy suavemente. Pero vamos a reparar las gastadas fuerzas con breve sueño, y a las armas en cuanto amanezca. (Se van.)

ESCENA IV

JUANA, llevando el estandarte, cubierta con el yelmo y revestida de una armadura sobre el traje de mujer. DUNOIS. LA HIRE. Caballeros y soldados.

(Parecen primero en la altura, desfilan en silencio, e invaden luego el escenario.)

JUANA.—(A los caballeros que la rodean y mientras continúa el desfile.) Hemos franqueado el muro; estamos ya en el campamento. Afuera, pues, toda precaución propia para Ocultarnos. Anunciad vuestra presencia al enemigo al grito de ¡Dios y la doncella!

TODOS.—(Gritando, y haciendo ruido con las armas.) ¡Dios y la doncella! (Tambores y cornetas.)

CENTINELAS.—(Dentro.) ¡El enemigo! ¡el enemigo!

JUANA.—Ahora vengan las antorchas. Pegad fuego a las tiendas. Crezca el espanto con el furor de las llamas, véanse acorralados por la muerte. (Los soldados se precipitan a ejecutar sus órdenes, y ella se dispone a seguirles.)

DUNOIS.—(Deteniéndola.) Cumpliste tu deber, Juana. Nos has conducido al campamento y entregado al enemigo. Ahora te toca retirarte del campo de batalla, y a nosotros acabar la empresa.

LA HIRE.—Indica al ejército el camino de la victoria y tremola el estandarte al frente de nosotros, pero renuncia a empuñar la espada. No tientes al dios de la guerra, que es ciego y no perdona a nadie.

JUANA.—¿Quién osará detener mis pasos y dictar leyes al espíritu que me conduce?... Fuerza es que el dardo obedezca al arquero. Donde está el peligro, allí debe estar Juana. Tranquilizaos. No debo sucumbir hoy, ni en este sitio. Antes he de coronar a mi Rey, y nadie me quitará la vida, hasta tanto que se hayan consumado los decretos de Dios. (Se va.)

LA HIRE —Dunois, sigamos a la heroína, y escudémosla con nuestros pechos. (Se va.)

ESCENA V

SOLDADOS ingleses, atraviesan huyendo la escena. Luego TALBOT.

SOLDADO 1°.—¡La doncella en el campamento!

SOLDADO 2°.—¡Imposible! ¡jamás! ¡Cómo hubiera venido!

SOLDADO 3°.—¡Volando!... ¡Tiene al demonio de su parte!

SOLDADO 4° y 5°.—¡Huid! ¡huid!... ¡Etamos todos perdidos! (Se van.)

TALBOT.—¡No me escuchan... ¡Es imposible detenerlos! ... Se han roto los lazos de la obediencia. ¡Como si vomitara el infierno sus legiones, echan a huir, así los cobardes como los valientes, arrebatados del mismo vértigo. ¡Y no me queda una sola compañía que oponer al torrente de enemigos que nos invade! ¿Soy, pues, el único que conserva su sangre fría en medio de esta gente, víctima de la fiebre? ¡Huir a la vista de aquellos zorros, de los franceses que derrotamos en cien batallas! ¿Quién es esta mujer invencible, diosa del terror, que así muda de golpe la fortuna y convierte en leones el tímido ejército de cobardes gamos? ¿Cómo pudo causar espanto en verdaderos héroes, una farsante disfrazada de heroína? ¿Habrà de arrebatarme una mujer mi fama de gran capitán?

UN SOLDADO.—¡La doncella! ¡Huid, general, huid!

TALBOT.—(Derribándole de una estocada.) Huye tú al infierno, miserable, y caiga al golpe de mi espada quien ose hablarme de la fuga y de cobarde terror. (Se va.)

ESCENA VI

Se corre el telón del foro, y aparece ardiendo el campamento inglés. Tambores. Fuga y persecución. Sale MONTGOMERY.

MONTGOMERY. ¿A dónde huir? ¡Donde quiera enemigos, en todas partes la muerte! Aquí el jefe enfurecido que nos cierra el paso con amenazadora espada y nos entrega a la muerte; allí la formidable guerrera portadora, como el incendio, del estrago. ¡Sin tener un arbusto ni una caverna donde guarecerse! ¡Desdichado de mí! ¡Ojalá no hubiese atravesado el mar! ¡Oh vana ilusión, que me llevó a la guerra contra la Francia en busca de renombre! ¡Oh destino fatal, que ahora me arrastra a través de la matanza! ¡Quién se viese lejos de aquí... en las sonrientes orillas del Saverna..., en el tranquilo

hogar le mis padres... donde dejé a mi madre desconocida, y a la dulce prometida mía! (Aparece JUANA en el fondo.) ¡Ay de mí! ¿qué veo? ¡Es ella, la temible guerrera. En medio del incendio se eleva su figura llameando con sombrío fulgor, como espectro de la noche en la boca del infierno! ¿A dónde huir?... ¡Ay! que ya me envuelve su mirada de fuego; a su irresistible influjo siento paralizarse mis miembros, y los pies se niegan a huir. (JUANA da algunos pasos hacia él y se detiene.) Ya se acerca. Yo no aguardo a que me ataque. Me arrojaré suplicante a sus plantas, le pediré la vida... ¡Es mujer! Tal vez la enternezcan mis lágrimas. (Apenas se adelanta, JUANA se lanza sobre él.)

ESCENA VII

JUANA. MONTGOMERY.

JUANA.—Muere, hijo de Inglaterra.

MONTGOMERY.—(Cae a sus pies.) Detente; no hieras a un indefenso. Solté la espada y el escudo, y me prosterno desarmado a tus plantas. Deja que viva, acepta mi rescate. Mi padre que mora en el país de Gales, regado por el Saverna, es rico y señor de cincuenta lugares. Ya puedes figurarte si rescatará a buen precio a su querido hijo, en cuanto sepa que vivo todavía prisionero de los franceses.

JUANA.—¡Insensato! ¡Basta de ilusiones! ¡Todo acabó para ti! ... Caíste en manos de la doncella, manos terribles de las que no puedes redimirte ni salvarte. Si hubieras caído en poder del cocodrilo, en las garras del tigre, si hubieras robado a la leona sus cachorros, tal vez aún podrías implorar misericordia, mas encontrarse con la doncella, es encontrarse con la muerte. Porque me liga al implacable cielo un pacto inviolable, espantoso, que me ordena matar a todo ser a quien ponga el combate en mi camino.

MONTGOMERY.—Amenazadoras frases son las tuyas, pero tierna tu mirada y tu aspecto no inspira pavor a quien logra verte de cerca. ¡Cómo me siento atraído hacia ti! ¡Por piedad... por la piedad natural en tu sexo, perdóname!

JUANA.—No invoques mi sexo; no me llames mujer. Como el espíritu inmaterial, sin lazo alguno con la tierra, no tengo sexo; bajo esta armadura no late un corazón.

MONTGOMERY.—¡Oh! yo te invoco por la sagrada ley del amor, que recibe universal homenaje. Dejé en mi patria a mi tierna prometida, bella como tú, en la flor de su edad y de sus hechizos. ¡Llora la infeliz aguardando al amado! ¡Si tú esperas amar y ser dichosa algún día, ¡ah! no separes cruelmente dos corazones unidos con el sagrado lazo del amor!

JUANA.—Cesa de invocar en tu ayuda a estos dioses terrestres que me son extraños, y no tienen derecho alguno ni a mi culto ni a mi devoción. Ignoro el amor que invocas, jamás reconoceré sus vanas leyes. Defiende tu vida; la muerte te reclama.

MONTGOMERY.—Ten piedad al menos de mis infortunados padres que dejé en mi hogar. Sin duda tú los tienes también y están inquietos por tu suerte.

JUANA.—¡Desdichado! ¡Así me recuerdas a cuantas madres privasteis de sus hijos! ¡Cuántos niños dejasteis huérfanos en la cuna! ... ¡cuántas esposas viudas! A vuestras madres toca ahora probar la amargura de la desesperación y del llanto vertido en Francia.

MONTGOMERY.—¡Oh! ¡Es tan triste morir en suelo extranjero, sin ser llorado!

JUANA.—¿Y quién os llamaba a ese suelo extranjero para asolar nuestras floridas campiñas y arrojarnos del hogar, y traer el incendio de la guerra al pacífico santuario de nuestras ciudades? Soñabais en vuestro delirio esclavizar la libre Francia... amarrar ese noble país como un esquife, a vuestro soberbio navío. ¡Insensatos! El escudo real de Francia cuelga del mismo trono de Dios, y antes arrancaréis del cielo una estrella, que

un solo pueblo de este reino, indivisible y eternamente unido. Llegó el día de la venganza y no habéis de pasar con vida este mar sagrado que Dios tendió entre ambas naciones para fijar sus límites, este mar que vosotros osasteis cruzar.

MONTGOMERY.—(Soltando la mano de JUANA que había cogido.) ¡Bien veo que me es fuerza morir! ¡La horrible muerte se apodera de mí!

JUANA.—Muere, amigo. ¿Por qué vacilar ante la muerte, ante el inevitable destino? Mira; yo misma no era más que una simple doncella, una pastora; mi mano, habituada al inocente cayado, desconocía el manejo de las armas, y me veo arrebatada del suelo natal, arrancada de los cariñosos brazos de mi padre y de mis hermanas. La voluntad de Dios, no mi propio corazón, me fuerza por vuestra desgracia, no por dicha mía, a llevar donde quiera la muerte, como espectro de desolación y pavor, para caer mañana sin victoria. Porque no ha de llegar para mí el jubiloso día de mi vuelta al techo paterno. ¡A cuántos entre vosotros será todavía mortal mi presencia! ¡Cuántas mujeres condenaré a la viudez! Mas legará un día en que sucumbiré también para que mi suerte se cumpla. ¡Cúmplase también la tuya! Empuña con valor tu espada, y luchemos por el precioso bien do la vida.

MONTGOMERY.—(Irguiéndose.) Sea. Si como yo eres mortal y vulnerable, ¡quién sabe si está reservado a mi brazo enviarte al infierno y acabar con los desastres de Inglaterra! En Dios confío; tú, maldita, invoca al demonio y defiende tu vida. (Toma espada y escudo y arremete contra ella. Suenan clarines a lo lejos. Después de breve combate, cae muerto MONTGOMERY.)

ESCENA VIII

JUANA, Sola.

JUANA.—Tus pies te trajeron a morir. Se acabó. (Se aparta de él y permanece un instante pensativa.) ¡Oh! ¡Virgen santa, cómo se muestra en mí tu poder y comunicas fuerza a mi brazo; e inflexibilidad a mi corazón! Me siento enternecida, tiembla mi mano como si fuera a cometer un sacrilegio, y empiezo a espantarme al fulgir de las armas. Y no obstante, en cuanto lo quiere la necesidad, reside en mí la fortaleza, y nunca yerra el golpe mi espada en la temblorosa mano. Hiere por sí sola cual si fuera un ser animado.

ESCENA IX

Un CABALLERO, con la visera baja. JUANA.

EL CABALLERO.—¡Maldita! Ha sonado tu hora. ¡Funesta ilusión de los sentados, crucé en tu busca el campo de batalla, y al fin te encuentro para mandarte de nuevo al infierno de donde saliste!

JUANA.—¿Y quién eres tú, cuyos pasos guía hasta aquí tu ángel malo? Tu aspecto es el de un príncipe; bien dice tu divisa de Borgoña, ante la cual se embota mi espada, que no perteneces al ejército inglés.

CABALLERO.—¡Miserable! No eres digna de caer en manos de un príncipe. ¡El hacha del verdugo, no la espada del duque de Borgoña, debía cortarte la cabeza!

JUANA. ¿Eres tú, el duque?

CABALLERO.—(Alzando la visera.) Yo soy. Tiembla y desespera, ¡desdichada! Ya no te valen los artificios de Satanás. Hasta ahora te la hubiste sólo con cobardes; tienes un hombre delante de ti.

ESCENA X

Dichos. DUNOIS. LA HIRE.

DUNOIS.—Vuélvete, Borgoñón, y combate con hombres, no con mujeres.

LA HIRE.—Defendemos la sagrada vida de la profetisa, y antes tu espada deberá atravesar nuestros pechos.

FELIPE.—Ni a ella, Circe encantadora, ni a vosotros que corrompió indignamente, a nadie temo. ¡Córrete de vergüenza, bastardo! ¡Vergüenza, La Hire! ¡Haber rebajado el antiguo valor al nivel de la superchería! ¡Convertirte en vil lacayo de una ramera del infierno! ¡A todos os desafío... Llegad! ¡Fíen al demonio su salvación los que desesperen de Dios! (Van a batirse cuando JUANA acude a separarlos.)

JUANA.—Deteneos.

FELIPE. ¿Acaso temes por tu amante? Yo haré que a tus ojos... (Arremete contra DUNOIS.)

JUANA.—Deteneos; separadlos, La Hire. No debe verterse aquí sangre francesa, ni han de resolver el conflicto las espadas. Otros son los designios del cielo. Oíd, y reverenciad a Aquél que me inspira y habla por mi boca.

DUNOIS. ¿Por qué detienes mi brazo, pronto a herir? ¿Por qué te opones a la sentencia de las armas? Desnuda está mi espada, y próximo el golpe que ha de vengar y reconciliar a Francia.

JUANA—(Colocándose entre ambos combatientes.) (A DUNOIS.) Pasa a este lado. (A LA HIRE.) No te muevas; tengo que hablar al duque. (Después de haber restablecido la calma.) ¿Qué es lo que pretendes, Borgoñón? ¿Buscas al enemigo entre nosotros, ávido como estás de sangre? ¿Pero acaso nuestro noble príncipe no es, como tú, hijo de Francia, tu compañero de armas, tu compatriota? ¿No soy yo misma, hija de tu patria? ¿No son de los tuyos los que pretendes aniquilar? Sí. ¡Nuestros brazos se abren para recibirte y se hincan nuestras rodillas para prestarte homenaje! Se embotan nuestras espadas a tu vista. Aun bajo el casco del enemigo, sabemos respetar tu rostro que nos recuerda a nuestro Rey amado.

FELIPE.—¿Cómo intentas fascinar a tus víctimas, sirena, con el hechizo de tu habla melosa! Mas conmigo pierdes el tiempo en vanas artinlañas. Nada puede en mi oído tu mágico lenguaje, y se embotan en mi armadura los rayos de tus ojos. ¡En guardia, Dunois! Luchemos a estocadas y no con inútiles frases.

DUNOIS.—Discutamos primero y cros batiremos después. ¿Os intimidan las razones por ventura? Pensad que también esto es cobardía, y la traición una mala causa.

JUANA.—No será sin duda la suprema ley de la necesidad la que nos trae a tus pies, ni venimos a ti humildes y rendidos. Mira en torno tuyo, y verás reducido a cenizas el campamento inglés y cubierta la llanura de cadáveres. Oye cómo resuenan nuestros clarines. Dios quiso concedernos la victoria. ¡Pero si lo que más ansiamos es compatir con nuestro amigo el reciente laurel! Ven, noble tráfuga, ven a ponerte de parte del vencedor y de la justicia. Yo misma, la enviada de Dios, te tiendo la mano de hermana, y ansío traerte para tu salvación a nuestra santa causa. Dios está con nosotros. ¿No viste a los ángeles combatir por el Rey, a los ángeles hermosos, ornados de azucenas? ¡Putay sin mancha, como esta bandera, es nuestra causa, y tiene por símbolo de pureza la inmaculada María!

FELIPE.—Abunda en capciosos sortilegios el lenguaje de la mentira, y sin embargo, pareceme oír la voz de un niño. Fuerza es confesar que, si el demonio le dicta estas

palabras, imita la inocencia de modo que engañaría a cualquiera. No quiero oír más. ¡En guardia! Siento que mi oído es más débil que mi brazo.

JUANA.—Me acusas de sortilegio y me llamas cómplice del infierno. Como si fuese empresa infernal la de restablecer la paz y conciliar rencores! ¡Como si surgiese la concordia del eterno abismo! ¿Qué habrá que sea más sagrado e inocente y mejor entre los hombres, que defender la patria? ¿De cuándo acá la naturaleza se contradice hasta el punto de fiar al infierno una causa justa, abandonarla el cielo? ¿Y de quién, si no de él, recibiría yo la inspiración, si cuanto digo es bueno? ¿Quién pudo acompañarse conmigo, cuando vivía guardando ganados, e iniciar a la adolescente pastora en los consejos de los reyes? Ni me acerqué nunca a los príncipes, ni conozco el arte de persuadir, y en este instante en que trato de conmoverte, se revela a mí la ciencia de las cosas superiores. A mis ojos centellea el porvenir de mi país y de los reyes, y es mi voz la del trueno.

FELIPE.—(Hondamente conmovido, alza a ella los ojos y la contempla con sorpresa y emoción.). ¡Qué es lo que siento, Dios mío! ¿Eres tú, quien conmueve tan hondamente mi corazón? ¡No, no sabría mentir así esta conmovedora criatura! No, no; si cedo —a algún hechizo, sin duda viene del cielo. Me lo dice el corazón: esta mujer es enviada de Dios.

JUANA.—¡Se enternece! No he suplicado en vano. Va a deshacerse en rocío de lágrimas el nublado de cólera que amenazó su frente. En sus ojos brilla el sol de la emoción y sonrío la paz. ¡Envainad las espadas! ¡Corred a abrazarle:... Lloro; está vencido; ya es nuestro. (Cae de sus manos la espada y la bandera, corre hacia él con los brazos abiertos y le abraza con apasionado ardor. LA HIRE y DUNOIS sueltan también las armas y se lanzan en brazos del duque.)

ACTO III

El campamento del Rey en Chalons-sur-Mame.

ESCENA PRIMERA

DUNOIS LA HIRE.

DUNOIS.—Fuimos siempre amigos de corazón, La Hire, compañeros de armas, y defensores de una misma causa, sin que entibiase nunca nuestra amistad ni el peligro ni la muerte. No sea, pues, que una mujer rompa estos lazos, contra los cuales nada pudieron las vicisitudes de la vida.

LA HIRE.—Oídme, príncipe.

DUNOIS.—Sé que amáis a la virgen predestinada a cuáles son vuestros designios con respecto a ella. Pensáis ver al Rey para pedirle la mano de la muchacha en recompensa. El Rey no podrá negar semejante premio a vuestro valor, pero sabed, que antes de verla en brazos de otro...

LA HIRE.—Oídme, príncipe.

DUNOIS.—No me impele hacia ella pasajero encanto, no. Ninguna mujer subyugó mi indómito corazón hasta el día en que vi a la divina niña, destinada por el cielo a salvar el reino, y a ser mi esposa. De entonces juré hacerla mía. Que sólo la mujer fuerte puede ser la compañera del fuerte. Mi corazón apasionado ansía reposar en el seno de otro de mi temple, capaz de comprender y soportar su fortaleza.

LA HIRE.—¿Pensáis que sería osado a igualar mis pobres méritos con vuestra gloria, príncipe? Basta que el conde Dunois salga a la palestra para que desista todo rival. Pero

no sé si la humilde pastora se considerará digna de aspirar al alto título de esposa vuestra. No, vuestro linaje real, príncipe, repugna semejante enlace.

DUNOIS—¿Cómo! ¿No es, como yo, hija de la santa naturaleza e igual a mí? ¡Ella, indigna de un príncipe!... ¡La prometida de los ángeles, ceñida de aureola más brillante que todas las coronas de la tierra! ¡Ella, que vio postrado a sus plantas cuanto hay grande y elevado en el mundo! Ni todos los tronos de Europa, uno encima de otro v escalonados hasta tocar las estrellas, alcanzan a la altura donde se cierne con angélica majestad.

LA HIRE.—El Rey debe decidir.

DUNOIS—No. Decida ella. Puesto que libertó al príncipe, libremente debe disponer de su corazón.

LA HIRE.—¡El Rey!

ESCENA II

Dichos. CARLOS. INÉS SOREL. DUCHATEL. EL ARZOBISPO. CHATILLON.

CARLOS.—(A CHATILLON.) ¿Dices que viene, y consiente en prestarme homenaje y reconocermé por su rey?

CHATILLON—Aquí mismo, señor en su real ciudad de Chalons, quiere prosternarse a tus plantas el duque mi amo. Por especial orden suya, vengo a saludarte como a mi señor y rey. Por lo demás, él mismo se encamina hacia aquí, y pronto le verás en tu presencia.

INÉS.—¡Viene! ¡Oh hermoso día que nos devuelve la paz, el júbilo y la concordia!

CHATILLON.—El duque, mi amo, llega con doscientos caballeros, y está pronto a hincar la rodilla; pero espera que excusarás semejante humillación y le estrecharán tus brazos como amigo, como primo.

CARLOS.—Que venga; ardo en deseos de abrazarle.

CHATILLON.—Suplica también que ro se hable una palabra de las antiguas disensiones, en esta primera entrevista.

CARLOS.—Húndase para siempre el pasado, en las simas del Leteo. Volvámonos a contemplar los hermosos días que promete el porvenir.

CHATILLON.—Cuantos combatieron por Borgoña se hallan comprendidos en la reconciliación.

CARLOS.—Con esto se duplican mis dominios.

CHATILLON.—Las condiciones de paz son concernientes a la reina Isabel, si las .acoge.

CARLOS.—Ella se armó contra mí, no yo contra ella; terminan nuestras diferencias, desde el punto en que le place terminarlas.

CHATILLON.—Doce caballeros saldrán fiadores de tu palabra.

CARLOS.—Mi palabra es sagrada.

CHATILLON.—Y el arzobispo partirá la hostia entre ambos, en señal y como símbolo de leal reconciliación.

CARLOS.—Así estuviera tan seguro de ganar la vida eterna, como de la sinceridad de mis deseos. ¿Qué otra garantía reclama el duque?

CHATILLON.—(Fijando los ojos en DUCHATEL.) Veo aquí a alguien cuya presencia pudiera amargar esta primera entrevista. (DUCHATEL se aleja sin decir palabra.)

CARLOS.—Ve, Duchatel, y permanece alejado de nosotros, hasta tanto que el duque pueda soportar tu presencia. (Le sigue con la mirada; luego corre hacia él, y le abraza.) ¡Noble amigo! Más querías hacer por mi reposo. (DUCHATEL se va.)

CHATILLON.—Las demás condiciones se hallan en esta escritura.

CARLOS.—(Al ARZOBISPO.) Os ruego que os encarguéis de su ejecución. A todo accedemos; un amigo no tiene precio para nosotros. Salid, Dunois, acompañado de cien nobles caballeros y traednos al duque. Quiero que los soldados salgan a recibir a sus hermanos con palmas y laureles y que se engalane la ciudad y se echen a vuelo las campanas, anunciando que Francia y Borgoña concluyeron un nuevo pacto de alianza. (Sale un escudero. Suenan clarines.)

EL ESCUDERO.—El duque de Borgoña aguarda. (Se va.)

DUNOIS.—(A LA HIRE y CHATILLON.) Salgamos a su encuentro.

CARLOS.—¿Lloras, Inés? También yo siento enternecerse mi ánimo en tan solemne momento. ¡Cuántas víctimas debían perecer antes que se firmaran las paces! ¡No hay tormenta que al fin no calme, ni noche tenebrosa que no disipe el día! ¡Con el tiempo maduran a su vez los más tardíos frutos!

EL ARZOBISPO—(Asomado al balcón.) El duque apenas puede sustraerse a los agasajos de la multitud. Le arrancan de la silla, besan su manto, sus espuelas.

CARLOS.—¡Pueblo apasionado y ardiente así en su amor, como en su odio! ¡Cuán poco bastó para que olvidara que este mismo duque les arrebatara poco ha padres... hijos! ¡Basta un instante para devorar una vida entera! Contento, Inés; el mismo exceso de júbilo pudiera ofenderle, y deseo que nada sea para él causa de recelo, ni humillación.

ESCENA III

Dichos. El DUQUE DE BORGOÑA. DUNOIS. LA HIRE. CHATILLON, y dos caballeros más, de la escolta del duque. Éste se detiene en el umbral. Apenas el Rey intenta adelantarse hacia él, el duque se acerca, y en el instante en que va a arrodillarse, CARLOS le abraza.

CARLOS.—Nos habéis sorprendido de improviso. Pensábamos salir al encuentro, mas por lo que veo disponéis de veloces caballos.

FELIPE.—Que me han traído a mi deber. (Abraza y besa en la frente a INÉS.) Con vuestro permiso, querida prima. En Arras, este es mi derecho de señor, y toda hermosura debe ceder a la costumbre.

CARLOS—Dicen que vuestra corte es emporio del amor y la belleza.

FELIPE.—Monseñor, nuestro pueblo es pueblo de mercaderes, y cuanto hay precioso bajo el cielo, afluye al mercado de Burges, para recreo y contento del ánimo; y entre todos, el supremo bien es la belleza de las mujeres.

INÉS.—Parece aún más preciosa su fidelidad; bien que esta es Mercancía que no se trafica ni se vende.

CARLOS — ¡Váis a adquirir mala fama, caro primo! ¿Cómo es eso? ¡Desdeñar así la más bella virtud de la mujer!

FELIPE.—En el pecado va la penitencia. Dichoso vos, señor, a quien el corazón enseñó a tiempo lo que ciebi aprender más tarde a fuerza de tormentas: (Repara en el ARZOBISPO y le tiende la mano.) ¡Venerable ministro de Dios... dadme vuestra bendición! A vos sí que se os encuentra siempre en el buen camino. Quien desee hallaros, no tiene más que seguir la senda del bien.

EL ARZOBISPO.—Ya puede llamarme a sí mi divino Maestro, ya puedo morir contento, pues vi tan hermoso día. Mi corazón se embriaga de felicidad.

FELIPE.—(A INÉS.) ¿Es cierto que os privasteis de vuestras joyas para convertirlas en armas contra mí? ¿Cómo tan belicosa, y ansiosa de cebaros en mi ruina? Felizmente cesó la lucha, y volvemos a hallar cuanto perdimos. Cuanto perdimos, ¿lo entendéis? Todo, incluso vuestro cofrecillo, señora. Disponíais de él contra mí, en tiempo de guerra; recobradlo de mi mano como signo de paz. (Toma de manos de un criado la arquilla, y la devuelve a INÉS, quien, confusa, dirige al Rey una mirada.)

CARLOS—Acepta el presente, doble prenda para mí de doble afecto y reconciliación.

FELIPE.—(Colocando en el peinado de INÉS una rosa de brillantes.) Ojalá fuese la corona real de Francia. No con menos sincero cariño ceñiría con ella esta hermosa frente. (Estrechando lealmente su mano.) Podéis contar desde ahora con mi ayuda, siempre que necesitéis un amigo. (INÉS SOREL se retira a un lado, deshecha en lágrimas. El Rey intenta ocultar en vano su emoción. Todos contemplan enternecidos a ambos príncipes.)

FELIPE.—(Después de echar una mirada en torno suyo, se arroja en brazos del Rey.) ¡Oh... mi Rey! (inmediatamente los tres caballeros borgoñones corren hacia DUNOIS, LA HIRE y el ARZOBISPO. Todos los presentes se abrazan. Ambos príncipes permanecen abrazados breve rato, sin decir palabra.) ¡Y pude aborreceros! ¡Pude renegar de vos!

CARLOS.—¡Silencio! ¡No hablemos de esto!

FELIPE.—¡Y pude coronar al inglés! ¡rendir pleito-homenaje al extranjero! ¡conspirar a vuestra ruina!

CARLOS.—Dejemos eso; todo está perdonado. Este instante todo lo borra. Fue influjo del destino..., de una estrella contraria.

FELIPE.—(Cogiéndole la mano.) Expiará tales yerros, creedme, quiero expiarlos. Serán reparados cuantos males sufristeis. Recobraréis el reino entero, sin faltar un solo villorio.

CARLOS.—Como estemos unidos, no temo ya a nadie.

FELIPE.—Os juro que combatía pesaroso contra vos. Harto lo sabíais, ¿por qué no la enviasteis a mi encuentro? (Indicando a INÉS SOREL.) No hubiera resistido a sus lágrimas. Ahora inútil sería que el infierno intentara desunirnos, porque sentí palpitar vuestro corazón junto al mío y hallé el puesto que me corresponde. Este corazón era el límite marcado a mis extravíos.

EL ARZOBISPO.—(Interponiéndose entre ellos.) Estáis unidos, príncipes. Francia, como el fénix, renace de sus propias cenizas. Nos sonrío brillante porvenir. Se cicatrizarán las heridas del país, salen de sus escombros las ciudades y pueblos destruidos, brotan en los campos nuevas mieses, sí, mas los que cayeron víctimas de vuestras querellas, los muertos, no resucitarán; las lágrimas vertidas con vuestros conflictos vertidas fueron, y con razón. Sin duda que prosperará la generación que viene, mas no por eso la pasada habrá dejado de ser la víctima de las calamidades. La dicha de los hijos no' resucita ciertamente a los padres. ¡He aquí los frutos de vuestras fratricidas discordias! ¡Aprovechad tales enseñanzas! ¡Temed a la tremenda divinidad de la guerra antes de desenvainar una sota espada! Si el fuerte puede a voluntad desencadenarla, el Dios de los combates no obedece a la voz del hombre; no es como el halcón que una vez en el aire torna a posarse en la mano del cazador. ¡Ni acude siempre Dios con oportuno socorro, como nos fue dado verlo hoy!

FELIPE.—¡Señor!... Un ángel camina a vuestro lado. ¿Dónde está, que no le vemos aquí?

CARLOS. ¿Dónde está Juana? ¿Por qué falta a este solemne y bello acto, que debemos precisamente a ella?

EL ARZOBISPO.—Señor, no gusta la santa niña del ooio de la corte, y cuando Dios no la llama a la luz, se goza en ocultarse púdicamente a los ojos del mundo. Sin duda estará conversando con Dios, si no se ocupa en la salvación de Francia; que a donde quiera la sigue la bendición del cielo.

ESCENA IV

Dichos. JUANA, revestida de su armadura, pero sin el casco, y en su lugar una guirnalda de flores.

CARLOS—Acércate, Juana, virgen engalanada con los ornamentos de Sacerdotisa, acércate a consagrar tu obra de alianza.

FELIPE.—Mirad cómo la paz la adorna con sus encantos, a ella que ha un momento aparecía terrible en el combate. Ya ves, Juana, que no falté a mi palabra. Dime si estás contenta de mí y me mostré digno de tu auxilio.

JUANA.—A ti mismo te honraste con semejante acto. Brillas ahora con radiante y bendito esplendor en los mismos lugares que ayer alumbró con siniestros fulgores tu estrella de desastres. (Mirando en torno.) Veo aquí muchos e ilustres caballeros... a todos embriaga el júbilo... y entre tanto hay todavía uno que no participa del contento general, y se ve forzado a ocultar su tristeza.

FELIPE. ¿Y quién es ese infeliz tan abrumado por el peso de su conciencia, que deba desesperar de nuestra piedad?

JUANA.—¿Permitirás que se presente? Dí que puede. Consuma tu obra meritoria. ¡No se reconcilia del todo quien no se liberta de todo rencor! Una gota de odio en el fondo del vaso del placer, basta a envenenar el divino brebaje. Así en un día como este Borgoña no puede eximir de su amnistía crimen alguno por atroz que sea.

FELIPE.—¡Ah! ¡te comprendo!

JUANA.—Consientes en perdonar, ¿verdad?... ¿Consientes, duque?... (Abre la puerta e introduce a DUCHATEL que se queda en el fondo.) El duque ha hecho las paces con todos sus adversarios, incluso contigo. (DUCHATEL da algunos pasos con timidez, y mirando al duque, para interpretar su pensamiento.)

FELIPE. ¿Pero qué haces de mí, Juana? ¿Sabes lo que exiges?

JUANA.—Sólo sé que un dueño generoso abre la puerta, a todo huésped y no excluye a nadie. Así como el firmamento abarca el mundo entero, el perdón alcanza a todos, amigos y enemigos. Porque cuanto es bueno y viene de lo alto es común a todos y sin reserva, así los rayos del sol que inundan el infinito, como el rocío del cielo que apaga la sed de toda criatura. Sólo en las dobleces moran las tinieblas.

FELIPE.—Hace de mí lo que quiere. Mi corazón en sus manos es como blanda cera... Abrazadme, Duchatel; yo os perdono. No te ofenda ¡oh padre mío! verme estrechar la mano que te hirió. ¡Y tú, Dios de la muerte, no me imputes a delito el olvido de mis juramentos de venganza! En la tumba, en la eterna noche que os envuelve, el corazón cesó de latir, y sólo la inmovilidad reina en torno, pero aquí a la luz del día, aquí, arrebatado por vivas sensaciones, el hombre es juguete de la omnipotente impresión de un instante...

CARLOS—(A JUANA) Todo te lo debo a ti, augusta doncella. No podías cumplir mejor tu palabra. En un abrir y cerrar de ojos veo trocada mi suerte; me reconcilas con mis amigos, aniquilas a mis adversarios, libertas mis ciudades de extranjero yugo..., tú sola lo hiciste todo... habla... ¿cómo te recompensaré?

JUANA.—Sé humano en la prosperidad, como lo fuiste en la desgracia, señor, y no olvides en la cima de tu gloria, cuánto vale un amigo en los días de desgracia. ¡Harto lo probaste por ti mismo! No niegues justicia ni clemencia al último de tus vasallos; piensa que fue una pobre pastora la que Dios suscitó para salvarte. Así reunirás a Francia entera bajo tu cetro, y serás jefe y fundador de una raza de príncipes ilustres; pues tus descendientes alcanzarán más gloria que tus predecesores, y florecerá tu linaje mientras sepa conservar el amor de su pueblo. Sólo el orgullo puede conducirte a la ruina. Allá en un rincón de las humildes chozas de donde salió ahora tu salvación, se forja la tormenta que ha de herir a tus culpables descendientes.

FELIPE—¡Oh! inspirada virgen cuya inteligencia nos alumbra, hálame también de mi raza ya que tus ojos sondean las tinieblas del horizonte. Dime, ¿continuará desenvolviéndose con magnificencia como empezó?

JULIANA.—Elegiste por sitio un trono, y a más aspira tu altivez, ansiosa de elevar hasta las nubes su atrevido edificio. Pero la mano de Dios marcará de súbito un límite a tu engrandecimiento. No temas por eso que se hunda tu dinastía, no; renacerá por el contrario con mayor esplendor bajo el reinado de una doncella. Ella dará al mundo monarcas, grandes reyes que se sentarán en dos poderosos tronos y dominarán el mundo conocido, y otro que Dios oculta a nuestras miradas, allende ignorados mares.

CARLOS.—¡Oh! dinos, si lo sabes también, dinos si la alianza que hoy renovamos, se perpetuará en nuestros descendientes.

JUANA.—(Después de un momento de silencio.) ¡Reyes y grandes de la tierra! temed la discordia, no la arranquéis nunca de su sueño en el antro pavoroso donde habita; porque una vez en pie, siglos enteros trascurren antes que sea domeñada. Bien pronto procrea nuevas razas de fuego que viven de sí mismas, como el incendio se alimenta del incendio. No queráis saber más. Gozad del presente y permitidme que corra un velo sobre el porvenir.

INÉS.—Santa doncella, harto sabes, pues lees en mi alma, que no sueño con vanas grandezas. ¿No pronunciarás para mí un oráculo propicio?

JUANA.—El espíritu que me inspira, sólo me descubre los destinos del mundo. Tu suerte privada se halla en tus manos.

DUNOIS—¿Y cuál será la tuya? Sin duda que a ti, santa y piadosa niña, te fue reservada la mayor felicidad que pueda gozarse en ese mundo.

JUANA.—¡La felicidad está en el cielo, en el seno de Dios!

CARLOS—Entretanto quiero cuidar de tu dicha y hacer que tu nombre sea glorioso y venerado en Francia, por los siglos de los siglos. Desde este instante proveeré a ello. Arrodiíllate. (Desenvaina su espada y le da espaldarazo.) Levántate; ya eres noble. Tu mismo Rey te saca del polvo en que naciste, y ennoblece en su sepulcro a tus ascendientes. Tendrás por divisa una flor de lis, y serás igual a los mejores. Sólo la sangre de los Valois es más roble que la tuya, pero cualquiera de mis grandes debe considerarse honrado con tu mano. Ahora deja a tu Rey el cuidado de elegir para ti un noble esposo.

DUNOIS.—(Adelantándose.) La elegí por mía a pesar de la oscuridad de su nacimiento, y no han de aumentar ni su mérito ni mi amor, los honores que ciñen su frente de nueva aureola. En presencia de mi Rey y de su santo arzobispo, le ofrezco mi mano si la estima digna de aceptarla.

CARLOS.—¡Por Dios, que estás haciendo milagro sobre milagro, irresistible niña! Lo que es ahora empiezo a creer que nada te es imposible, pues lograste dominar a este soberbio que osaba desafiar el supremo poderío del amor.

LA HIRE.—(Adelantándose.) Si no me engaña la apariencia, la modestia es la más bella cualidad de Juana, y aunque digna del homenaje del más ilustre príncipe no no

aspira ciertamente a tanto. No codicia vana grandeza; le basta la tierna y fiel adhesión de un alma honrada y la pacífica suerte que le ofrezco con mi mano.

CARLOS. ¿Tú también,. La Hire? Ya son dos los pretendientes, ambos ilustres, ambos famosos e iguales en caballerescas virtudes. Parece que quieres sembrar la rivalidad entre mis más queridos amigos, después de haberme reconciliado con los adversarios y pacificado mi reino. Sólo uno debe poseerla, y yo estimo a ambos igualmente dignos de tal premio. Decide pues, tú, Juana; habla.

INÉS.—(Acercándose.) Paréceme que la niña se conmueve y se ruboriza. Désele tiempo para interrogar su corazón y confiar a una amiga el secreto. Por mi parte creo llegado el momento de acercarme como hermana a la púdica doncella, y de ofrecerle Mi fiel y discreta ayuda. Dejadnos, pues, meditar como mujeres, este asunto sólo propio de mujures, y aguardad el resultado de nuestra deliberación.

CARLOS.—(Yéndose.) Sea.

JUANA.—Aguardad, señor. No coIurearon mis mejillas, ni la emoción, ni el tímido pudor, ni tengo nada que confiar a esta noble dama, que no pueda declarar sin vergüenza a los hombres. Verdad que me honra en extremo la pretensión de tan nobles caballeros, pero yo no abandoné mis ganados con el fin enteramente mundano de alcanzar vana grandeza, ni vestí la coraza para ornar mi frente con la corona de desposada: No; es muy distinta mi misión, y sólo puede cumplirla una virgen sin mancha. Soy enviada de Dios, y no puedo ser la esposa de hombre alguno.

EL ARZOBISPO.—La mujer nació para dulce compañera del hombre. El mejor modo de servir al cielo consiste en obedecer a la naturaleza. Pues ya cumpliste las órdenes de Dios que te llamó a la batalla, debes arrojar tus arreos y volver a tu sexo, que has debido renegar, y que no nació para el ejercicio cruento de las armas.

JUANA.—No sé todavía, venerable señor, cuáles serán las órdenes del Espíritu, pero cuando llegue el momento no cesará ciertamente de manifestarse y entonces obedeceré a su voz. Por ahora; me exhorta a continuar mi empresa, pues mi soberano todavía no fue coronado ni ungido, ni recibió el título de rey.

CARLOS.—Pero nos hallamos en camino de Reims.

JUANA.—No nos detengamos, porque el enemigo está alerta para cerrarnos el paso. Pero yo me encargo de conducirte allí más que sea a través de todos sus batallones juntos.

DUNOIS.—Mas cuando se haya realizado todo, y nos hallemos triunfantes en Reims, dime, santa doncella, ¿me permitirás que...

JUANA.—Si Dios quiere que salga victoriosa de tan encarnizada lucha, entonces mi misión habrá terminado y la pastora nada tendrá que hacer en el palacio del Rey

CARLOS—(Cogiéndole la mano.)

Ahora te anima la voz del Espíritu, y calla en tu pecho el amor porque lo llena Dios, pero esto no será siempre, créeme. Cesará la agitación de la guerra. Con la victoria renacerán la paz y la alegría, y más dulces afectos en todos los corazones. También en el tuyo dejarán sentirse. Has de verter tales lágrimas de ternura como nunca habrás vertido. Este corazón que ahora hinche la gracia del cielo, buscará en la tierra un amigo. Después de haber hecho felices a tantos salvándoles la vida, acabarás por querer la felicidad de uno solo.

JUANA. ¿Tan cansado estás de la manifestación divina, delfín, que ya quieres romper el vaso que la contiene, y rebajar hasta el polvo a la virgen pura enviada de Dios? ¡Hombres de poca fe! El cielo os inunda de sus esplendores, os revela mil prodigios, ¿y aún persistís en no ver en mí más que una mujer? ¿Soporta una mujer una armadura de hierro, ni se entremete en una guerra? ¡Ay de mí, si pudiera sentirme atraída por un hombre, teniendo en mis manos la espada del Dios de las venganzas! Más me valiera no

haber nacido. Basta ya, si no queréis desencadenar la cólera del Espíritu que me anima. ¡Una sola mirada del hombre que me ama, es objeto para mí de horror y profanación!

CARLOS.—Basta pues. Es inútil que tratemos de conmovérla.

JUANA.—Manda que toquen los clarines, que ya me va siendo la tregua, angustia y suplicio. Mi vehemencia me sustrae a la ociosidad y me impele al cumplimiento de mi empresa. Habla imperioso el destino y obedezco.

ESCENA V

Dichos. Llega un CABALLERO corriendo.

CARLOS.—¿Qué hay?

CABALLERO.—El enemigo ha pasado el Marne y dispone el ejército al ataque.

JUANA.—(Con inspiración.) ¡Guerra! Mi alma rompe sus cadenas. ¡A las armas! Acudo en tanto a formar los batallones. (Se va corriendo.)

CARLOS.—Seguidla, La Hire. Quieren forzarnos por última vez a disputarles la corona de Francia a las puertas de Reims.

DUNOIS.—No les impele realmente el valor. Este es el supremo esfuerzo de desesperación de su impotente rabia.

CARLOS.—No será necesario, duque, que os excite al combate. Llegé la hora de reparar pasados yerros.

FELIPE.—Esto corre de mi cuenta.

CARLOS.—Os precederé por el camino de la gloria. Quiero reconquistar mi diadema frente a la misma ciudad de la coronación. ¡Inés mía! ¡Tu caballero te dice adiós!

INÉS.—(Abrazándole.) No lloro, ni tiemblo por ti. Mi fe remonta al cielo serena y tranquila no nos otorgó sin duda tales favores para rendirnos al postre en la aflicción. El corazón me dice que abrazaré a mi dueño y señor, victorioso en los muros de Reims, tomados por asalto. (Gran tocata de clarines, que degenera en bélico tumulto. Música de la orquesta acompañada por los instrumentos militares, en el interior del escenario.)

ESCENA VI

Una vasta campiña; algunos árboles en primer término. Mientras sigue la música de la orquesta, se ven pasar por el fondo algunos soldados huyendo.

TALBOT apoyándose en FALSTOLF y acompañado de algunos soldados. Luego LIONEL.

TALBOT.—Tendedme aquí debajo de estos árboles y volved en seguida a la pelea. Para morir no necesito ayuda.

FALSTOLF—¡Oh! ¡día de luto y de desgracia! (Sale LIONEL.) ¿En qué momento llegáis, Lionel? Ahí yace el general. No cedáis a la muerte. Hacedos superior a la naturaleza Y obligadla a vivir por un esfuerzo de la voluntad.

TALBOT.—¡Inútiles esfuerzos! Llegó la hora marcada por la suerte, en que debe hundirse el trono que levantamos en tierra francesa. En vano intenté parar los golpes en esta desesperada lucha. Fui herido del rayo en el campo de batalla, y ahí me tenéis tendido en el suelo para no levantarme jamás... Reims está va perdido... ¿Venís para salvar París?

LIONEL.—París ha capitulado. Un correo acaba de traerme la noticia.

TALBOT.—(Arrancándose el vendaje de la herida.) Entonces, ¡corra a torrentes mi sangre! ... ¡Estoy ya harto de este sol!

LIONEL.—No puedo seguir aquí. Falstolf, trasportad al general a paraje seguro... no podremos defender mucho tiempo estos sitios... huyen los nuestros a la desbandada arrojados por la doncella.

TALBOT.—Triunfaste ¡oh demencia! ¡y yo... yo muero! Los mismos dioses lucharían en vano con la locura. ¿Qué vales tú, augusta razón, hija radiante del cerebro divino, sabia fundadora del universo, reguladora de los astros, qué vales tú, si atada a la cola de la superstición, arrastrada a despecho de tus alaridos, debes rodar con ella al abismo? ¡Maldito sea quien consagra su vida a empresas dignas y grandes! ¡Maldito quien obedece a plan alguno, maduramente concebido! ... ¡El mundo pertenece al rey de los locos!

LIONEL.—Milord, os quedan pocos instantes de vida; pensad en vuestro Creador.

TALBOT.—Aun si hubiésemos sido vencidos, valientes como somos, por otros valientes, nos consolaría la suerte común a todos, y propia de las vicisitudes humanas... ¡pero sucumbir por semejante farsa!... ¡Ah!... ¡no, nuestra laboriosa y grave carrera merecía más grave fin!

LIONEL.—(Tendiéndole la mano.) Adiós, milord... Pensad cuánto os lloraré, si es que escapo yo con vida... Ahora, me llama el destino al campo de batalla, donde preside aún como árbitro supremo, cuya sentencia se halla en suspenso. ¡Hasta el cielo, milord! Breve parece el tiempo a una larga amistad. (Se va.)

TALBOT.—Bien pronto habrá concluido todo; bien pronto devolveré a la madre tierra y al eterno sol, estos átomos que se aglomeraron en mí para el dolor y el placer. Y del poderoso Talbot, que llenó el universo con su renombre, sólo quedará un puñado de polvo. Así llega el hombre al término de su vida. ¡He aquí qué sacamos de nuestra lucha con la existencia!... una mirada hundida en el vacío, y el hondo, profundísimo desdén por cuanto nos pareció grande y digno de envidia.

ESCENA VII

CARLOS. EL DUQUE DE BORGONA. DUNOIS. DUCHATEL. Soldados.

FELIPE.—Hemos ganado las trincheras.

DUNOIS.—La jornada es nuestra.

CARLOS.—(Viendo a TALBOT.) Ved; ¿quién es aquél que está allí espirando dolorosamente? Por su armadura veo que es un caballero; daos prisa a socorrerle, si es tiempo todavía. (Los soldados se acercan a TALBOT.)

FALSTOLF.—Atrás... no déis un paso... Respetad los despojos de un hombre a quien mientras vivió no deseasteis acercaron mucho, ciertamente.

FELIPE.—¿Qué veo? ¡Talbot!... ¡anegado en su propia sangre! (Corre a él; TALBOT clava en él su postrer mirada, y muere.)

FALSTOLF.—Atrás, Borgoñón. ¡Excusa a la última mirada del héroe el aspecto de un traidor!

DUNOIS.—¡Oh! invencible y poderoso Talbot... ¿Tan pequeño espacio te basta, a ti, a quien la Francia pareció estrecha para tu inmensa ambición? Señor, desde este punto puedo ya aclamaros rey... Mientras un alma habitó en este cuerpo, vaciló en vuestra cabeza la corona.

CARLOS.—(Después de haber contemplado en silencio el cadáver de TALBOT.) Vencióle alguien más poderoso que nosotros, y vedle ya tendido sobre este suelo de Francia, como el héroe sobre el escudo, que no abandona nunca. Lleváoslo. (Los

soldados levantan y se llevan el cadáver.) Descanse en paz. Quiero levantar un monumento en su honor, y aquí mismo, en el corazón de Francia, donde terminó heroicamente su vida, descansarán sus restos. Jamás penetró tan lejos espada alguna enemiga. El lugar de su tumba le servirá de epitafio.

FALSTOLF.—(Presentando su espada.) Soy tu prisionero, señor.

CARLOS.—(Devolviéndosela.) Aguardad. La guerra, aunque implacable, respeta los deberes que impone la piedad. Debéis ser libre para enterrar a vuestro jefe... Ahora, Duchatel, id a tranquilizar a Inés que tiembla por mi suerte. Decidte que vivo, que hemos vencido y traedla triunfante a Reims. (DUCHATEL se va.)

ESCENA VIII

Dichos. LA HIRE.

DUNOIS.—La Hire, ¿dónde está la doncella?

LA HIRE.—¿Cómo!... ¿Vos me lo preguntáis? ¡Si la dejé peleando a vuestro lado! ...

FELIPE.—En lo más espeso de la refriega vi flotar hace poco su blanca bandera.

DUNOIS.—¡Ay de nosotros! ¿Dónde está? Temo alguna desgracia. Venid...

¡apresurémonos a libertarla! ¡Tiemblo pensando que su audacia la ha llevado demasiado lejos! Está rodeada de enemigos... hace frente a todos y va a sucumbir, sin ayuda, a la fuerza del número.

CARLOS.—Corred a salvarla.

LA HIRE.—Vamos, os sigo.

FELIPE.—Corramos todos. (Se van corriendo.)

ESCENA IX

Sitio desierto en el calmo de batalla. A lo lejos se ven las torres de Reims, alumbradas por el sol.

JUANA.—¡Ah bellaco! Ahora conozco tu astucia. Fingiste que huías para alejarme del campo de batalla, desviando el golpe mortal que amenazaba a los ingleses, mas tiembla por ti ahora, porque descargará sobre ti.

EL CABALLERO.—¿Por qué me persigues y vienes pisándome los talones con tal implacable rabia?... No es mi destino sucumbir a tus golpes.

JUANA. Te odio con toda el alma, te odio como a la noche, cuyo color llevas, y siento irresistible deseo de matarte. ¿Quién eres tú?... Alza la visera. Si no hubiese visto caer a Talbot en el combate, diría que eras él.

EL CABALLERO. ¿Ha cesado ya de inspirarte el espíritu de profecía?

JUANA.—No; habla por el contrario en el fondo de mi conciencia, y me dice que traes contigo la desdicha.

EL CABALLERO. — Hete llegada, Juana, de Arco, a las mismas puertas de Reims, en alas de la victoria... Conténtate con ella... Liberta a la Fortuna que como esclava te ha servido, sin aguardar a que ella te abandone. Ya sabes que aborrece la fidelidad, y que no sirvió jamás hasta el fin a dueño alguno.

JUANA. ¿Qué me propones? ¡Detenerme en mitad de mi carrera!... ¡Abandonar mi empresa! No; yo la realizaré y cumpliré mis votos.

EL CABALLERO.—Nada te resistió hasta ahora, poderosa heroína, y por donde quiera venciste, pero cesa desde este momento de afrontar los riesgos del combate... Sigue mi consejo...

JUANA.—No soltaré la espada hasta haber exterminado a la soberbia Inglaterra.

EL CABALLERO.—Mira...; allí está Reims con sus torres, Reims, objeto y término de tu expedición. ¿Ves cómo brilla la cúpula de la sublime catedral? En ella entrarás triunfante y coronarás a tu Rey, y dejarás cumplida tu misión. Pero después de esto, no des un paso... atiende el aviso... vuélvete atrás...

JUANA. ¿Pero quién eres tú, alma falaz, que así intentas amedrentarme y perturbar mis sentidos? ¿De qué nace tal audacia, para importunarme con mentidos oráculos? (El caballero intenta retirarse, y JUANA le cierra el paso.)

JUANA.—No...; debes responderme, o morir a mis manos. (Intenta herirle.)

EL CABALLERO.—(La toca y JUANA se detiene inmóvil.) Hierre lo que es mortal... (Anochece de súbito; relámpago y truenos. EL CABALLERO desaparece.)

JUANA.—(Queda de pronto absorta y vuelve luego en sí.) No fue realidad, fue fantasma devorador del infierno, espectro escapado de los abismos para desconcertar mi valor... Pero ¿a quién puedo temer si empuñan mis manos la espada de mi Dios?... No... quiero llevar a término victoriosamente mi carrera, y más que el infierno se opongá... ¡fuera vacilaciones! ¡fuera flaqueza! (Hace que se va y vuelve.)

ESCENA X

JUANA. LIONEL.

LIONEL. — ¡Defiéndete, maldita! Uno de los dos no ha de salir vivo de aquí... Has dado muerte a los mejores entre los míos, al noble, al magnánimo Talbot que espiró en mis brazos... Por Dios que he de vengarle, o compartir su suerte. Y para que sepas quien te concede, muerto o vencedor, semejante gloria, te diré, quién soy; soy Lionel, el último capitán de nuestro ejército que ha sobrevivido, y que no fue vencido todavía por nadie. (La acomete. Después de breve combate, JUANA le desarma.) ¡Suerte fatal! (Siguen luchando un momento.)

JUANA.—(Cogiéndole por las plumas del casco, se lo arranca con violencia, y LIONEL queda con el rostro descubierto. JUANA blande la espada, pronta a herirle.) Recibe, pues, lo que buscabas. La Virgen te inmola por mi mano. (En el punto en que va a herirle, JUANA ve su rostro y la mirada de LIONEL la pasma. Queda inmóvil de súbito y deja caer lentamente la espada de sus manos.)

LIONEL. ¿Por qué vacilas?... ¿Quién te impide descargar el golpe mortal? Toma mi vida, ya que me arrebataste el honor... Me hallo en tus manos... no haya perdón... (JUANA le hace una seña suplicándole que huya.) ¿Huir... yo?... ¿Deberte la vida?... ¡Antes morir!

JUANA.—(Volviendo el rostro.) Si es verdad que tu vida se halló en mis manos, déjame que lo ignore... no quiero saberlo...

LIONEL.—Te odio a ti, y odio la merced que pretendes hacerme... no haya perdón... repito... Hierre a tu enemigo... a tu enemigo que te desprecia... y quisiera matarte a su vez.

JUANA.—¡Mátame y huye!

LIONEL.—¿Pero qué es esto?

JUANA.—(Ocultando el rostro en tre sus manos.) ¡Ay desdichada de mí!

LIONEL.—(Acercándose a ella.) Si dicen que matas a cuantos ingleses caen en tus manos... ¿por qué a mí quieres perdonarme?

JUANA.—(Vuelve a tomar la espada con rápido ademán, y se apresta de nuevo a herirle, pero de nuevo al ver el rostro de LIONEL, se desprende el arma de sus manos.) ¡Virgen del cielo!

LIONEL.—¡A qué invocar la Virgen! La Virgen nada sabe de ti y el cielo no interviene para nada en tus actos.

JUANA.—(Vuelve a tomar la espada.) ¿Qué es lo que hice, Dios mío? He faltado a mis votos. (Retuerce las manos desesperada.)

LIONEL.—(Contemplándola con emoción y acercándose a ella)... ¡Oh!... desdichada niña... ¡cómo te compadezco... ! Sí; me conmueves... a mi, el único con quien te has mostrado magnánima... Siento desvanecerse mi odio... debo interesarme por ti... ¿quién eres?... ¿De dónde vienes?

JUANA.—Vete, te repito..., huye.

LIONEL.—Te compadezco porque eres joven, porque eres bella... Tu mirada me parte el alma... Quiero salvarte... Dime... ¿qué debo hacer? Ven, ven renuncia a este horrible pacto... Arroja las armas...

JUANA.—Ya no soy digna de llevarlas.

LIONEL.—Arrójalas... pronto... sígueme.

JUANA.—(Con horror.) ¿Seguirte?

LIONEL.—Puedes salvarte; sígueme. Quiero salvarte... no perdamos un momento. No puedo decir qué extraña pena me causas, y siento un deseo profundo de salvarte, (La coge por un brazo.)

JUANA.—¡Dunois! ... Son ellos... me buscan.... Si por desdicha te hallan aquí ...

LIONEL.—Nada temas... Yo te protegeré.

JUANA.—¡Ay! si caes en sus manos, soy muerta.

LIONEL.—¡Cómo!... ¿Me quieres?

JUANA.—¡Santo Dios!

LIONEL. ¿Volveré a verte?... ¿Sabré cuál es tu suerte?

JUANA.—¡Nunca, jamás!

LIONEL.—Sí; volveré a verte... esta espada me servirá de prenda. (Le toma la espada.)

JUANA. — ¡Insensato! ¿te atreves?...

LIONEL.—¡Me fuerzan a huir, pero volveré a verte! (Se va.)

ESCENA XI

DUNOIS. LA HIRE. JUANA.

LA HIRE.—¡Vive! ... allí está...

DUNOIS.—Juana, nada temas; tus amigos acuden a tu lado.

LA HIRE.—No huyáis; Lionel.

DUNOIS.—Déjalo ¡Juana! triunfó la buena causa. Reims nos abre sus puertas, y el pueblo entero se precipita al encuentro de su Rey.

LA HIRE.—¿Qué tiene la doncella? Palidece... Vacila. (JUANA desfallece próxima a perder el sentido.)

DUNOIS.—Está herida... Arráncale la armadura... herida en el brazo ligeramente, gracias al cielo.

LA HIRE.—¡Se desangra!

JUANA.—¡Dejad que pierda mi sangre con la vida! (Cae desmayada en brazos de LA HIRE.)

ACTO IV

Una sala ricamente engalanada. Adornan las columnas algunas guirnaldas. Suena dentro música de flautas y oboes.

ESCENA PRIMERA

JUANA, sola.

JUANA.—Descansan las armas, y cesa el relampaguear de la guerra. Sucede a los combates el canto y la danza. En las calles reina el júbilo; en la iglesia resplandece engalanado el altar. Se elevan los arcos de triunfo cubiertos de verdes ramajes, y de guirnaldas en sus columnas. Reims es estrecho para contener a la multitud que acude a las fiestas populares.

Embriagados de júbilo todos los corazones, henchidos todos de un mismo pensamiento, cuantos estaban divididos por el odio hace un instante, participan ahora de la alegría común, y no hay francés que no se sienta más orgulloso de serlo. Revivió el esplendor de la antigua corona. Francia rinde homenaje al hijo de su Rey.

Y yo entre tanto, yo, autora de esta gloria, permanezco ajena a la dicha universal. Y mi corazón transformado, huye la pompa y vuela al campamento inglés... Allá, hacia el enemigo tiendo la mirada... forzada a alejarme del regocijo para ocultar la falta que me abruma... ¿A quién? ¿A mí?... ¿Yo llevo impresa en mi pecho virginal la imagen de un hombre? ¿Aquel corazón que iluminó un rayo del cielo, late a impulsos del amor humano?... ¡Sí, yo, el ángel salvador, yo el brazo del Altísimo, ardo en amor por el enemigo de mi patria! ¡Y lo confieso a la luz del día, y no muero de vergüenza! (La música dentro, suena con más suavidad y ternura.) ¡Oh desdicha! ¡oh desdicha mía! ... ¡Qué dulces sonidos! ... ¡Cómo cautivan mi alma! ¡Cómo me recuerdan su voz y evocan su imagen!

¡Ah! .. ¿por qué no me arrebatara de nuevo el torbellino de la guerra? ¿por qué no resuena en mis oídos el trueno de las armas?... Renaciera entonces mi valor. Pero esta vez, estos acentos me cautivan, truecan en lánguidos deseos mi fuerza... la derriten en lágrimas de ternura. (Pausa. Con vivacidad.) Debí herirle... ¿pero podía acaso, después de haberle visto? ¡Herirle! ... Antes volver contra mi propio seno el arma homicida... ¿Seré culpable porque me mostré humana?... ¿Fue crimen mi piedad? ¡Mi piedad! ... Pero si no la tuve con los otros que inmoló mi espada... ¿por qué calló su voz cuando imploró por su vida el infeliz, el tierno mancebo de Gales? ¡Ah! corazón hipócrita... mientes a la faz de la eterna luz... No... no obedeciste a la santa voz de la piedad.

¿Por qué mis ojos se fijaron en los suyos?... ¿Por qué contemplé su rostro?... Con aquella mirada empezó tu crimen, ¡infeliz! ... Dios quiere ciegos servidores, y a ojos cerrados debía consumir tu obra. Viste, y cayó el escudo de Dios; viste, y te prendió en sus redes el infierno. (Vuelven a oírse las flautas. JUANA se abisma en sus pensamientos.) ¡Oh!... mi cayado... ¡ojalá no te trocara nunca por la espada! ¡Ojalá no sonara nunca en mis oídos la voz que murmura en el ramaje de la sagrada encina! ¡Nunca me hubiese aparecido la Reina de los cielos! Toma de nuevo tu corona, Virgen madre... tómala... no la merezco.

¡Ay de mí! he visto abrirse los cielos, contemplé la faz de los bienaventurados y no se halla en los cielos mi esperanza, no, sino en la tierra. ¿A qué cargar mis hombros con tan terrible misión? ¿Pude acaso endurecer mi corazón sensible, que hinche la gracia?

Si quieres manifestarnos tu poder elige a los espíritus inmortales, limpios de pecado, inaccesibles a las pasiones y a las lágrimas... ¡no a una tímida niña, a una débil pastora!

¿Qué me importa la suerte de los combates, ni la discordia de los reyes? Feliz, inocente, apacentaba mis ganados en las serenas cumbres, y de allí me arrancaste para

arrojarme en el bullicio del mundo, en el orgulloso palacio de los reyes y entregarme al mal... ¡Ah! ¡no era esta mi vocación!

ESCENA II

JUANA. INÉS SOREL.

INÉS.—(Se adelanta vivamente conmovida, y al ver a JUANA se dirige corriendo hacia ella, la abraza, mas luego volviendo en sí cae de hinojos a sus pies.) No así..., de rodillas a tus plantas.

JUANA.—(Esforzándose en levantarla.) Levántate... ¿Qué te pasa? Olvidas quién soy, y quién eres.

INÉS.—Déjame... Heme a tus pies a impulsos de mi júbilo... Mi corazón rebosa y necesito postrarme ante Dios... En tu persona le adoro a él, al invisible... ¿No eres tú el ángel que llevó a Reims a mi dueño .y señor y le ciñó la corona? Vi realizarse lo que nunca hubiese soñado. Todo está dispuesto para la coronación. El Rey viste ya el traje de ceremonia, y se han reunido los nobles y los pares de Francia para llevar las insignias. La muchedumbre acude a torrentes a la catedral, al son de las campanas y con aclamaciones de alegría que resuenan por todas partes. ¡Ah! ¡no podré soportar tanta dicha! (JUANA la levanta con cariño, e INÉS la contempla con atención un momento.) ¡Siempre grave!... ¡siempre austera!... das a los otros la felicidad, pero no quieres compartirla. Fría como siempre, no participas de nuestra embriaguez... ¡Ah!... Como el cielo te reveló sus esplendores, no hay dicha en la tierra, capaz de conmovier tu casto pecho. (JUANA coge con viveza la mano de INÉS SOREL; y luego la suelta.) ¿Por qué no eres mujer, mujer sensible? Decídate a despojarte de esta armadura, puesto que la guerra acabó... decídate a participar de las condiciones de tu sexo. Mientras sigas pareciéndote a la austera Palas, mi tierno corazón se espanta en tu presencia... no me atrevo a acercarme.

JUANA. ¿Qué exiges de mí?

INÉS.—Que sueltes las armas y te despojes de tu armadura... El amor teme acercarse a este pecho que defiende la coraza. ¡Sé mujer y verás cuán pronto amarás!

JUANA.—¡Soltar las armas en esta ocasión! ¡Ahora! Expondría... pídemme que exponga mi pecho indefenso a los golpes de la muerte, pero no que me desarme ahora; ojalá me protegiese contra tales regocijos, contra mí misma, triple coraza de hierro.

INÉS.—Piensa que Dunois te ama, que su alma, sólo sensible hasta hoy a la gloria, única virtud del soldado, arde por ti de amor... ¡Bella cosa es ser amada de un héroe... pero amarle es mejor todavía! (JUANA vuelve el rostro con horror.) Le odias. ¡Ah! no, lo más que puedes es no amarle, pero aborrecerle... ¿por qué?... Sólo se odia a quien nos priva de los que amamos, y tú no quieres a nadie. Late tranquilo tu corazón. Si pudiera sentir...

JUANA.—Ten lástima de mí... Deplora mi suerte.

INÉS. ¿Qué te falta para ser dichosa? Cumpliste tu palabra y Francia es libre; coronaste a tu Rey victorioso, y tu gloria no tiene igual. El pueblo ebrio de gozo te saluda, te aclama, te elogia sin cesar; eres la divinidad de estas fiestas... El mismo Rey, con su corona, no brilla con esplendor tan glorioso como el tuyo.

JUANA.—¡Ah!... Si pudiera esconderme en las entrañas de la tierra.

INÉS.—Pero, ¿qué tienes?... ¿Qué extraña emoción! ... ¿Quién podrá mirar al cielo, si tú bajas los ojos?... Comprendo que me ruborizara yo, tan pequeña si me comparo contigo, e incapaz de igualarte en heroísmo, yo que, si he de confesar mi flaqueza, no me preocupo ni de la gloria de mi patria, ni del trono restaurado, ni del sublime

entusiasmo popular, ni de la embriaguez de la victoria, sino de él... que me cautiva por completo, mi único afecto, mi dueño adorado, a quien el pueblo aclama y bendice, y cubre de flores... de él, que es mío, que amo con toda el alma.

JUANA.—Tú sí eres dichosa, tú sí... Tú amas, donde aman todos. Puedes abrir tu corazón a los ojos de todos, y dar libre curso a tu alborozo... La misma fiesta que celebra hoy el reino, es la fiesta de tus amores. Esa multitud que se agolpa dentro de estos muros comparte y consagra tu emoción. A ti saludan... para ti tejen sus guirnaldas. La felicidad pública y tú, sois una misma cosa. Amas al sol que esparce tal alegría, y cuanto ves es tan sólo reflejo de tu amor.

INÉS.—(Arrojándose en sus brazos.) ¡Oh! Me llenas de gozo. ¡Cómo me comprendes!... ¡Ah, sí!... no te conocía bien, sin duda conoces el amor, porque expresas a las mil maravillas lo mismo que siento. ¡Fuera timidez, fuera temores, mi alma vuela confiada hacia ti!

JUANA.—(Intentando sustraerse a sus abrazos.) Déjame... aléjate de mí... cuida de no mancharte con mi presencia... Ve... ve... sé feliz y deja que oculte en profunda noche mi infortunio, mi vergüenza, mi desesperación.

INÉS.—¡Dios mío!... Me asustas... no te comprendo, ni nunca te he comprendido. Fuiste siempre para mí un misterio. Pero es difícil en verdad comprender qué puede ser causa de recelo para tu alma celestial; tan pura y tierna al par.

JUANA.—Tú eres aquí la santa, la pura, no yo. Si pudieras leer en mi alma, rechazarías con horror, lejos de ti, a la enemiga, a la traidora.

ESCENA III

Dichos. DUNOIS. DUCHATEL. LA HIRE, con la bandera de JUANA.

DUNOIS.—Por orden del Rey, Juana, venimos en tu busca; todo está pronto y quiere que le precedas con la santa bandera. Vas a figurar entre los príncipes, y delante del Rey, porque reconoce, y con él todos, que a ti sola se debe la gloria de este día.

LA HIRE.—Ahí está la bandera; tómala, noble doncella; están aguardándote los príncipes y el pueblo.

JUANA.—¿Precederle yo? ¿llevar yo la bandera?

DUNOIS. ¿Y quién si no tú es digno de ello? ¿Dónde hallar manos bastante puras para llevar este símbolo sagrado? Lo enarbolaste en los combates, y justo es que lo lleves ahora como ornamento por la alegre senda del triunfo. (LA HIRE le presenta la bandera. JUANA retrocede y se estremece.)

JUANA.—¡Atrás!... ¡Atrás!

LA HIRE. ¿Qué te pasa?... Te estremeces ante tu propio estandarte... Mira. (La despliega.) Es la misma que hacías flotar en la victoria. En sus pliegues está representada la Reina de los cielos cerniéndose sobre la tierra, como te ordenó la misma Virgen.

JUANA.—(Mirando con espanto.) ¡Es ella, la misma! ... Así se me apareció. Mirad cómo frunce las cejas, y bajo los sombríos párpados llamea su mirada!

INÉS.—Delira... Vuelve en ti... Estás viendo visiones. Esta no es más que vana imagen... La Virgen mora en lo infinito.

JUANA.—¡Terrible visión! Ven castigar a tu criatura. Aplástame, castígame, toma tus rayos... lánzalos contra mí. Falté a mis votos, he profanado, he blasfemado tu divino nombre.

DUNOIS.—¡Oh desdicha nuestra!... ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué funestas palabras?

LA HIRE.—(A DUCHATEL con estupor.) ¿Comprendéis algo de esta increíble convulsión?

DUCHATEL.—Bien lo veo, y no son de hoy mis temores.

DUNOIS—¿Cómo! ¿Qué queréis decir?

DUCHATEL.—No puedo decir lo que pienso. ¡Ojalá hubiese pasado ya todo, y hubiésemos coronado al Rey!

LA HIRE.—¿Será que se vuelve contra ti el terror que esparcía en torno esta bandera?... Deja que tiemble el inglés ante ese signo, horrible para los enemigos de Francia. pero propicio a sus hijos.

JUANA.—¿Verdad! Propicio a los amigos y sólo terrible para los enemigos. (Suena dentro la marcha de la coronación.)

DUNOIS.—Toma la bandera, tómala; ya sale la procesión; démonos prisa. (Le entrega la bandera; la coge JUANA con visible repugnancia y se va. Los demás la siguen.)

ESCENA IV

Una plaza pública delante de la Catedral.

La multitud ocupa el foro; algunos grupos de curiosos en primer término. BERTRÁN, CLAUDIO-MARÍA y ESTEBAN. Suena a lo lejos la marcha de la coronación.

BERTRÁN. ¿Oís la Música?... Ya están aquí; ya se acercan. ¿Qué haremos? ¿Subir a una azotea, o meternos entre la gente para no perder nada de la procesión?

ESTEBAN.—¿Si es imposible abrirse paso! Las calles están atestadas de gente a caballo y en coche.

CLAUDIO.—Parece que ha venido aquí media Francia. Todo se lo lleva la corriente... Hasta a nosotros nos sacó de la Lorena, tan lejos como está, para traernos a esta plaza.

BERTRÁN.—¿Quién puede quedarse tranquilo en su rincón, cuando ocurren tan grandes cosas? ... Cuidado si costó sangre y sudores volver al rey legítimo la corona; no sería bien, pues, que nuestro Rey, a quien devolvemos lo que es suyo, fuese menos festejado que el de los parisienses; coronado en San Dionisio. No es buen francés quien no acude a esta fiesta y no grita como nosotros: ¡Viva el Rey!

ESCENA V

Dichos. MARGARITA y LUISA acercándose a ellos.

LUISA.—¿Cómo me late el corazón, Margarita! Vamos a ver a nuestra hermana.

MARGARITA.—Sí; vamos a verla rodeada de esplendor y grandeza, y a decirnos: es Juana, nuestra hermana.

LUISA.—Yo necesito verla para creer que sea ella misma, que nos dejó para no volver, la que llaman la doncella de Orleáns.

MARGARITA.—¿Aún dudas? Pues ya lo verás.

BERTRÁN.—Aguardad... ya están aquí.

ESCENA VI

Abren la marcha algunos tocadores de flauta y oboe, a los que siguen niños vestidos de blanco y con verdes ramos en la mano. Luego vienen dos heraldos y un piquete de alabarderos que preceden a los magistrados con traje de ceremonia. Detrás, dos mariscales con el bastón de mando; el duque de Borgoña llevando la espada; Dunois, el

cetno, y otros nobles del reino la corona, el cetro rematando en una mano, y el globo imperial. Luego los monaguillos con los incensarios, dos obispos con la Santa Ampolla de Reims, y el arzobispo con un crucifijo. JUANA llevando la bandera, bajos los ojos y con paso vacilante. Al verla, sus hermanas manifiestan la mayor sorpresa y gozo. Inmediatamente después de JUANA, el Rey, bajo palio que sostienen cuatro barones. Cortesanos y soldados cierran la marcha. En cuanto la procesión entra en la iglesia cesa la música.

ESCENA VII

LUISA. MARGARITA. CLAUDIO-MARÍA. ESTEBAN. BERTRÁN.

MARGARITA. ¿Has visto a la hermana?

CLAUDIO: ¡Con armadura de oro, y delante del Rey con su bandera!

MARGARITA.—¡Era ella!... Era Juana, nuestra hermanita.

LUISA.—Y no nos ha conocido. ¡Cómo podía pensar que el corazón de sus hermanas latía cerca de ella! Iba con los ojos bajos y estaba tan pálida y caminaba con tan inseguro paso, que a la verdad, no me ha alegrado mucho verla,

MARGARITA.—Yo sólo me he fijado en su esplendor, en su gloria. ¿Quién había de imaginarse, ni aún soñando, cuando apacentaba los rebaños, que la veríamos rodeada de tal pompa?

LUISA.—Ahí tenemos cumplido el sueño de padre, que nos decía que nos prosternaríamos en Reims delante de nuestra hermana. Ahí está la iglesia que padre vio en sueños... todo se ha cumplido... Pero tuvo también terribles visiones... y me espanta ver a Juana engrandecida de tal modo.

BERTRÁN.—¡A qué seguir aquí sin hacer nada! Vamos a la iglesia a ver la ceremonia.

MARGARITA.—Sí, vamos; tal vez encontraremos a Juana.

LUISA.—Ca, volvámonos a casa; ahora ya la hemos visto.

MARGARITA.—¡Cómo!... ¿Sin saludarla? ¿Sin hablarla?

LUISA.—Pero si ya no es de los nuestros. A ella le corresponde estar entre príncipes y reyes. ¿Qué somos nosotros para tomar parte en su gloria? ¡Si ya nos era extraña cuando vivía con nosotros!

MARGARITA.—¿Crées que se avergonzaría de nosotros... que nos despreciaría?

BERTRÁN.—Ni el mismo Rey nos desprecia. ¿No visteis con qué bondad saludaba aun a los más humildes cuando pasó? Y por muy alto que haya subido ella, el Rey es más que ella. (Suenan clarines y tambores saliendo de la iglesia.)

CLAUDIO.—Entremos en la iglesia. (Se van hacia el foro y se confunden con la multitud.)

ESCENA VIII

TIBALDO vestido de negro. RAIMUNDO le sigue y se esfuerza en detenerle.

RAIMUNDO.—Deteneos, buen Tibaldo... separaos de esta gente... Aquí sólo veréis rostros alegres... ¡Esta fiesta ofende vuestro dolor! Vamos, vayámonos corriendo de esta ciudad.

TIBALDO. ¿La viste... a mi hija infeliz? ¿La has observado bien?

RAIMUNDO.—¡Ah!... idos... os lo ruego.

TIBALDO. ¿Has visto cómo andaba temblando, pálida... confusa?... Es que comprende su situación, la desgraciada... Llegó el instante de salvarla... no lo dejemos escapar. (Intenta irse.)

RAIMUNDO.—Aguardad... ¿qué queréis hacer?

TIBALDO.—Sorprenderla, precipitarla de la cumbre de su vana grandeza, y traerla otra vez, aunque sea a la fuerza, al Dios que ha renegado.

RAIMUNDO.—Pensadlo bien. ¿Vos mismo precipitaréis a vuestra hija?

TIBALDO.—Perezca su cuerpo y sálvese el alma. (JUANA, sin la bandera, sale precipitadamente de la iglesia. La multitud se agolpa en torno suyo adorándola, besando sus vestidos, de forma que permanece un rato en el fondo, sin poder abrirse paso por entre la gente que la asedia.) ¡Llega!... ¡Es ella! ... Huye de la iglesia... pálida, víctima de su propia angustia que la arroja del santuario. ¡Sentencia es de Dios, que empieza a revelarse!

RAIMUNDO.—Adiós... no esperéis que persista todavía... Vine henchido de esperanza, y me vuelvo lleno de aflicción. He visto de nuevo a vuestra hija y siento que de nuevo la he perdido. (Se va. TIBALDO se aleja en opuesta dirección.)

ESCENA IX

JUANA. El pueblo. Luego MARGARITA y LUISA.

JUANA—(Libre ya de las apreturas se adelanta.) No puedo seguir aquí... ¡Los ángeles me rechazan!... Para mí retumban como el trueno las dulces voces del órgano, las naves de la iglesia me abruma... necesito aire, espacio, libertad! ... Dejé la bandera en el santuario... jamás, nunca jamás volveré a asirla... Parecióme ver deslizarse ante mí como un sueño, a mis tiernas hermanas... Luisa... Margarita... ¡Oh, engañosa visión! Lejos están de mí, muy lejos como los felices días de mi infancia y mi inocencia.

MARGARITA.—(Saliendo.) ¡Es ella, es Juana!

LUISA.—(Corriendo a su encuentro.) ¡Oh!, hermana mía!

JUANA.—¡Entonces no fue un sueño! Sois realmente vosotras, vosotras a quienes abrazo. A ti, Luisa mía, y a ti, Margarita... estrecho entre mis brazos, en estos extraños lugares, en esta poblada soledad.

MARGARITA.—Nos reconoce todavía. Es nuestra buena hermana.

JUANA.—Venís a mí, tan lejos como estaba, llevadas de vuestro cariño, ¿verdad?... ¿Y no me guardáis rencor porque me fui sin daros mi adiós?

LUISA.—¡Oh!... obedecías a los impenetrables designios del cielo.

MARGARITA.—Tu reputación que conmueve a todos, y lleva de boca en boca tu nombre, voló hasta el pacífico rincón de nuestro pueblo, y nos trajo aquí a presenciar la solemnidad de esta fiesta. Hemos venido para ver tu gloria... y no estamos solas.

JUANA.—(Con viveza.) ¿Padre está con vosotros? ... ¿Dónde está? . . . ¿Por qué se esconde?

MARGARITA.—Padre no ha venido.

JUANA.—¿No ha venido? ... ¿No quiere ver a su hija?... ¿No me traéis su bendición?

LUISA.—Si no sabe que estamos aquí.

JUANA.—¿No lo sabe? ¿Y por qué?... ¿Qué os perturba? ... ¿Por qué este silencio?... Bajáis los ojos... Hablad. ¿Dónde está mi padre?

MARGARITA.—Desde que te fuiste...

LUISA.—(Haciéndole señas para que calle.) ¡Margarita!

MARGARITA.—Padre quedó postrado de tristeza.

JUANA.—¡De tristeza!

LUISA.—Consuélate... ya le conoces..., siempre lleno de presentimientos; ya recobrará su buen humor y alegría cuando le digamos que eres feliz.

MARGARITA.—Porque eres feliz, ¿verdad? ¡Oh!... debes serlo, ¡rodeada de tantas grandezas... tantos obsequios!

JUANA.—Sí, lo soy, puesto que vuelvo a veros y a oíros, y recuerdo el caro acento de los paternos campesinos. Cuando apacentaba mis ganados en nuestras montañas, entonces era dichosa como si estuviera en el paraíso. ¡Ah! ¿lo seré otra vez? ¿volveré a serlo? (Oculta el rostro en brazos de LUISA.) (Salen CLAUDIO y BERTRÁN, y se detienen, temerosos de acercarse.)

MARGARITA.—Venid, Claudio, Esteban, Bertrán... ¡no es orgullosa, no! Tan cariñosa, con tal bondad nos habla como si nada hubiese hecho, y no hubiese salido del pueblo. (Se adelantan y muestran deseos de estrecharle la mano. JUANA los mira fijamente y se abisma en profundo estupor.)

JUANA.—¿Dónde estuve? Decídmelo... Todo eso no fue más que un prolongado sueño del que despierto ahora... ¿Abandoné nunca Domremy? No; me dormí a la sombra del árbol encantado, y ahora despierto y me hallo entre vosotros, mis queridos y familiares compañeros. Reyes, batallas, guerras... sueños, visiones que pasaron por delante de mis ojos... Bajo el árbol... se sueñan tales cosas que parecen verdad. ¿Cómo habéis venido a Reims? ¿Cómo me hallo yo misma aquí? Jamás, jamás salí de Domremy... confesadlo francamente... devolved la alegría a mi corazón.

LUISA.—No; estamos en Reims. Tus hazañas no las has soñado, no; las ejecutaste realmente; vuelve en ti, mira en torno tuyo; toca con tu propia mano tu armadura de oro. (JUANA lleva la mano al pecho, reflexiona, y se estremece.)

BERTRÁN.—Este yelmo lo recibisteis de mis manos.

CLAUDIO.—No extraño que penséis haber soñado, porque en verdad, no hubo sueño tan maravilloso como cuanto hicisteis.

JUANA.—Venid, huyamos, me vuelvo a casa al lado de mi padre.

LUISA.—Sí; ven con nosotros.

JUANA.—Toda esa gente me ensalza más de lo que merezco. Vosotros me habéis visto niña, pequeñita, débil, me amáis, y no me adoráis.

MARGARITA.—¡Cómo!... ¿Renuncias a tanta gloria?

JUANA.—Afuera esta odiosa pompa, que os aleja de mí. Quiero volver a ser pastora, y servirlos humildemente y hacer penitencia del pecado de vanidad que cometí, elevándome por encima de vosotros.

ESCENA X

Dichos. CARLOS, sale de la iglesia con las vestiduras de la ceremonia de la consagración. INÉS SOREL, el ARZOBISPO, el DUQUE DE BORGONA, DUNOIS, LA HIPE, DUCHATEL, caballeros, cortesanos y pueblo.

TODOS—(Gritando al pasar el Rey.) ¡Viva el Rey! ¡Viva Carlos VII! (Suenan los clarines. A una seña del Rey, los heraldos levantan los bastones, ordenando silencio.)

CARLOS.—¡Gracias, puebla mía, por tales pruebas de amor! La corona que Dios coloca de nuevo en mis sienes, fue reconquistada por la gloria, teñida con sangre de la nación. De hoy más la oliva entrelazará con ella sus verdes ramas, y los mismos que combatieron contra nosotros, los que resistieron, gozarán de la amnistía general y absoluta. Porque la gracia divina descendió sobre nosotros, y nuestra primera palabra real será... gracia.

EL PUEBLO.—¡Viva el Rey!... ¡Viva Carlos el Bueno!

CARLOS.—A Dios, Señor omnipotente, debieron la corona los reyes de Francia, pero nos la recibimos de su mano de un modo más visible aún. (Dirigiéndose a la doncella.) Vedla allí a la enviada de Dios que os devolvió al Rey de vuestros mayores, y quebrantó el yugo de la tiranía extranjera. Sea sagrado su nombre para todos, como el de San Dionisio patrón de esta tierra, y álcense altares a su gloria.

EL PUEBLO.—¡Viva la doncella! ¡Viva nuestra salvadora! (Música.)

CARLOS.—(Dirigiéndose a JUANA.) Dinos ahora, si como nosotros perteneces a la humana naturaleza, ¿qué dones pueden satisfacerte? Mas si tu patria está en lo alto, si se ocultan en tu seno virginal los puros rayos de los cuerpos angélicos, caiga la venda de nuestros ojos y muéstrate en tu radiante esplendor, tal como el cielo te contempla, para que te adoremos prosternados. (Silencio general. Todos dirigen la mirada a la doncella.)

JUANA.—(Soltando repentino grito.)... ¡Dios mío! mi padre.

ESCENA XI

Dichos. Sale TIBALDO de entre la multitud, y deteniéndose delante de su hija la contempla fijamente cara a cara.

VOCES DIVERSAS.—... ¡Su padre!

TIBALDO.—Sí, su infeliz padre, el hombre que engendró a la infortunada, y llega por mandato de Dios para acusar a su propia hija.

FELIPE.—¿Qué es esto?

DUCHATEL.—Siento que se aproxima un terrible instante.

TIBALDO.—(Al Rey.) Crees deber a Dios tu salvación, príncipe engañado, extraviado pueblo, cuando lo estáis debiendo todo a los maleficios del demonio. (Todos retroceden con espanto.)

DUNOIS—Este hombre está loco.

TIBALDO.—Mejor dirás que lo estás tú y este santo obispo, y cuantos se hallan aquí y creen que Dios va a mostrarse por mediación de una pobre niña. Veamos si a la faz de su padre osará sostener la descarada farsa, con que engañó al pueblo y al Rey. En nombre de la Santísima Trinidad, responde: ¿eres digna de contarte en el número de los santos y los puros? (Silencio general. Todos contemplan a JUANA que sigue inmóvil.)

INÉS.—¡Dios mío! ... Calla.

TIBALDO.—¡Cómo no, con semejante invocación, temida aún en el fondo del infierno! ¡Ella, santa! ¡Ella, enviada de Dios! ¡Miserable impostora inventada en lugar maldito, a la sombra del árbol encantado, donde de antiguo celebran sus conciliábulo los espíritus infernales! Allí fue donde vendió el alma al diablo a condición de adquirir alguna fama. Decidle que os enseñe sus brazos y veréis en ellos la marca del infierno.

FELIPE.—¡Horror! ... ¡Y cómo no creer a un padre que depone contra su propia hija!

DUNOIS.—No; guardaos de creer a este insensato que se deshona en su propia hija.

INÉS.—(A JUANA.) Pero habla tú, rompe este silencio fatal y te creeremos. Porque tenemos fe en ti, y una sola palabra de tu boca, una sola, nos bastará. Pero habla, aniquila tan horrible acusación. Dinos que eres inocente y te creeremos. (JUANA Sigue inmóvil. INÉS SOREL se aparta de ella con horror.)

LA HIRE.—Ahora se halla cohibida por súbito terror y la sorpresa y el espanto cierran sus labios. Ante tan terrible acusación, tiembla la misma inocencia. (Se le acerca.) Vuelve en ti, Juana, y explícate. La inocencia tiene su lenguaje propio, su segura mirada que resiste a la calumnia. Cede al arrebato de noble indignación, alza los ojos, confunde

la duda criminal que osó profanar tu virtud. (JUANA sigue inmóvil. LA HIRE se aparta con horror. Crece la agitación.)

DUNOIS.—Se estremece el pueblo... tiemblan los príncipes; ¿qué quiere decir esto? Es inocente. Yo lo fío y lo fío con mi honor de príncipe. Ahí va mi guante. Recójalo quien sostenga que es culpable. (Truena. El espanto sobrecoge a todos.)

TIBALDO.—Responde en nombre de Dios que lanza el rayo... dinos si eres inocente. Pruébanos que el enemigo no habita en tu corazón y castígame si miento. (Truena otra vez; el pueblo se desbanda.)

FELIPE.—¡Dios nos socorra!... Qué señales... Temblad.

DUCHATEL.—(Al Rey.) Venid, venid; huyamos de aquí.

EL ARZOBISPO.—En nombre de Dios, te pregunto si te fuerza a callar tu inocencia o el sentimiento de tu crimen. Si la voz del rayo atestigua en tu favor, toma esa cruz, y haz una señal. (JUANA sigue inmóvil. Truena tercera vez. Se van todos, excepto DUNOIS.)

ESCENA XII

DUNOIS. JUANA.

DUNOIS.—Eres mi esposa. Creí en ti desde la primera vez que te he visto, y creo en ti todavía. Creo más en ti que en todas las señales, y hasta en el trueno que retumba en la altura. Tu noble indignación te fuerza a callar, y escudada en tu inocencia desdeñas refutar tan vergonzosa sospecha; sí, ni una palabra. Dame la mano, lo único que te pido; la mano, en prenda de que fías a mi brazo tu buena causa. (Le tiende la mano. JUANA vuelve el rostro convulsa. DUNOIS queda estupefacto.)

ESCENA XIII

Dichos. DUCHATEL. Luego RAIMUNDO.

DUCHATEL.—¡Juana de Arco! El Rey os permite salir de la ciudad, sin temor de ser inquietada. Tenéis franco el paso... No debéis temer que nadie os injurie porque la promesa del Rey os sirve de salvoconducto. Vamos, conde Dunois; no es conveniente que sigáis aquí por más tiempo. ¡Qué desenlace! (Se va. DUNOIS vuelve en sí, contempla por última vez a JUANA y luego se va también. JUANA queda sola un breve rato. Sale RAIMUNDO, y después de haberla contemplado en silencio un instante, con dolorosa impresión se acerca a ella y la coge de la mano.)

RAIMUNDO.—Aprovechad este instante. Las calles están desiertas. Dadme la mano y yo os guiaré. (Al reparar en él, JUANA vuelve en sí por primera vez le mira fijamente, luego al cielo, y por último le coge vivamente de la mano y se van.)

ACTO V

Sitio agreste y poblado de árboles. En el fondo una choza de carboneros. Es de noche. Lluve y relampaguea.

ESCENA PRIMERA

Un CARBONERO. Su MUJER.

EL CARBONERO.—¡Terrible tempestad!... El cielo amenaza fundirse en agua... negro como boca de lobo, en mitad del día... ¡Si parece que anda suelto el infierno!... Treme la tierra, los fresnos centenarios crujen con espantoso estrépito, abatidos por el viento... Y tan horrible guerra que doma a las mismas bestias feroces, y las fuerza a ocultarse en sus madrigueras, no será bastante a traer la paz entre los hombres. Con los aullidos del viento y la borrasca suena el silbado de las balas... Tan cerca están ambos ejércitos que sólo los separa este bosque... A cada instante pueden venir a las manos.

LA MUJER.—¡Dios nos asista! ... pero ¿no fueron ya derrotados y dispersos?... ¿Cómo es que vuelven a darnos angustia?

EL CARBONERO.—Esto es porque ya no temen al Rey. Desde que descubrieron en Reims que la doncella era bruja, el diablo no nos auxilia y todo anda de cualquier modo.

LA MUJER.—Escucha... ¿Quién viene?

ESCENA II

Dichos. RAIMUNDO. JUANA.

RAIMUNDO.—Veo una choza... Venid... Allí hallaremos abrigo contra la lluvia... Estos tres días de viaje han agotado vuestras fuerzas... ¡Claro!... fugitiva... sin más alimento que algunas raíces. (Calma la tormenta; se serena el cielo.) Venid... son honrados carboneros...

EL CARBONERO.—Parece que necesitáis descanso; entrad. Cuanto puede ofreceros nuestra casa, es vuestro.

LA MUJER.—¡Una armadura!... Singular vestimenta para una muchacha... Pero, en fin, lo comprendo... en tales tiempos vivimos, que hasta las mujeres deben ponerse la coraza. La misma reina Isabel, según dicen, va armada de pies a cabeza por el campamento. También una doncella, una pastora ha combatido con valor por nuestro Rey.

EL CARBONERO.—Basta de charla... Ve a la cabaña y da de beber a esta doncella. (LA MUJER del carbonero entra en la choza.)

RAIMUNDO.—(A JUANA.) Ya lo veis. No todos son bárbaros en el mundo, y en los sitios agrestes se hallan a veces almas caritativas. Serenaos un poco. Ha cesado la tormenta... brillan los rayos del sol con suave resplandor.

EL CARBONERO.—Supongo que vais en busca del ejército del Rey, pues viajáis armados así... ¡Mucho cuidado! Cerca de aquí acamparon los ingleses, y sus avanzadas recorren los bosques.

RAIMUNDO.—¡Ay pobres de nosotros!... ¡Cómo escaparles!

EL CARBONERO.—Quedaos, hasta que vuelva de la ciudad mi hijo. El os llevará por secretos senderos, que podréis cruzar sin temor. Conocemos los atajos.

RAIMUNDO.—(A JUANA.) Quitaos el casco y la armadura. Os denuncian y no os protegen. (JUANA mueve tristemente la cabeza.)

EL CARBONERO.—¡Está muy triste la señorita! ... ¡Silencio!... ¿Quién va?

ESCENA III

Dichos. La MUJER del carbonero trayendo un vaso. EL HIJO DEL CARBONERO.

LA MUJER.—El muchacho que aguardábamos. (A JUANA.) Bebed, señorita. Dios os bendiga.

EL CARBONERO.—(A su hijo.) ¡Ya de vuelta, Anet! ¿Qué noticias traes?

EL HIJO DEL CARBONERO.—(Repara en JUANA, la reconoce, y se lanza hacia ella, quitándole el vaso de los labios en el punto en que ella va a beber.) ¡Madre!... ¡Madre! ¿qué estáis haciendo? ¿A quién acogéis?... Si es la bruja de Orleans...

EL CARBONERO Y SU MUJER.—¡Dios nos socorra!... (Huyen, persigándose.)

ESCENA IV

JUANA. RAIMUNDO.

JUANA.—(Con calma y dulzura.) Ya lo ves. La maldición me sigue, todos huyen de mi. Piensa en tu propia suerte, y déjame.

RAIMUNDO.—¡Abandonaron ahora! ¿Quién os acompañará?

JUANA.—No falta quien me guíe. ¿Oíste cómo retumbaba el trueno sobre mi cabeza?... Condúceme mi propio destino... Serénate. Ya llegaré sin buscarlo, al término de la jornada.

RAIMUNDO. ¿Y a dónde queréis ir?... A este lado los ingleses que juraron encarnizados vuestra muerte; al otro, los nuestros que os han repudiado, y desterrado.

JUANA.—Nada me sucederá que no deba sucederme.

RAIMUNDO. ¿Pero quién cuidará de vuestra subsistencia? ¿Quién os defiende de las fieras, y de los hombres; más crueles aún? ¿Quién os asiste en tal miseria, con tales padecimientos?

JUANA.—Conozco las plantas y las raíces. En otro tiempo aprendí de las ovejas a distinguir la planta salutífera de la venenosa. Sé leer en las estrellas y en las nubes, y entiendo lo que dice el rumor de ocultos manantiales. Poco necesita la criatura, y la naturaleza encierra tesoros de vida.

RAIMUNDO.—(Cogiéndole la mano.) ¿Pero no sentís necesidad de recogimiento, de reconciliación con Dios y con la Iglesia, por medio de la penitencia?

JUANA. ¿También tú me crees culpable del crimen de que me acusan?

RAIMUNDO. ¿Cómo no, si vuestro silencio pregona...

JUANA.—Tú, que me has seguido en la desgracia, único ser que me guardó fidelidad, y se adhiere a mi servicio, cuando los demás me rechazan! ... tú también me crees réproba, infame, culpable de perjurio para con mi Dios. (RAIMUNDO Calla.) ¡Oh... ¡esto es cruel!

RAIMUNDO.—(Sorprendido.) ¿Pero es verdad que no sois bruja?

JUANA.—¡Bruja, yo!

RAIMUNDO.—¿Hicisteis tales milagros por el poder de Dios y de los santos?

JUANA.—¿Y con qué si no?

RAIMUNDO. ¿Y sólo respondéis con el silencio a tan odiosa acusación? ¡Ahora habláis, y delante del Rey, y cuando tanto os convenía, enmudecisteis!

JUANA.—Soportaba en silencio la suerte que Dios, mi Señor, me impuso.

RAIMUNDO.—Nada pudisteis responder a vuestro padre.

JUANA.—Lo que del padre procedía, procedía de Dios, y esta prueba me será tenida en cuenta.

RAIMUNDO.—El mismo cielo atestiguó vuestro crimen.

JUANA.—El cielo hablaba; por eso callé.

RAIMUNDO.—¿Cómo!... ¿Podíais disculparos y habéis dejado el mundo en tan fatal error?

JUANA.—No fue error; era decreto de lo alto.

RAIMUNDO.—¡Siendo inocente, soportáis tal infamia, sin que haya salido de vuestros labios la menor queja! Todo me confunde y trastorna. Bota el corazón en el

fondo del pecho. De buen grado creería cuanto decís, porque me costaba convencerme de vuestro delito. Pero ¿cómo imaginar que criatura humana pueda oponer tan sólo el silencio a cuanto `hay más espantoso en el mundo?

JUANA.—¿Y hubiera sido digna de mi misión, si no hubiese sabido respetar ciegamente la voluntad de Dios? ¡Oh!... ¡no soy tan m¡serable como te figuras!... ¿Que sufro privaciones?... No es grande el mal para mi estado. ¿Que estoy desterrada, fugitiva? Así he aprendido a conocerme en la soledad. Poco ha, cuando me rodeaban los esplendores de la gloria, sostenía en mi interior tremenda batalla; y era el ser más desgraciado de la tierra, cuando parecía el más digno de envidia... Ahora, en cambio, me siento curada. Me hizo mucho bien esta tormenta que parecía el fin del mundo. Al tiempo que lo purificaba me ha purificado a mí; siento descender la paz a mi alma. Suceda ahora lo que quiera... nada tengo de qué acusarme.

RAIMUNDO.—¡Oh!... Vamos, vamos a proclamar vuestra inocencia a la faz del mundo entero.

JUANA.—Quien desencadenó la confusión la desvanecerá. Sólo en sazón cae el fruto del destino. Ya llegará el día en que seré absuelta, y los que me rechazaron y condenaron, conocerán su delirio y llorarán por mí.

RAIMUNDO.—Y he de aguardar a que la casualidad...

JUANA.—(Cogiéndole con ternura de la mano.) Sólo ves el aspecto natural de las cosas, porque una venda cubre tus ojos. Pero yo he contemplado la inmortalidad del ser. No cae ni un cabello de la cabeza del hombre sin que Dios no quiera. ¿Ves declinar el sol allá arriba? Pues bien; tan cierto como amanecerá mañana con todo su esplendor, así es infalible que lucirá un día la verdad.

ESCENA V

Dichos. La reina ISABEL parece en el fondo, al frente de una escolta de soldados.

ISABEL.—(Dentro.) ¿Por dónde se va al campamento inglés?

RAIMUNDO.—¡Oh, desdicha nuestra!... ¡Los enemigos! (Las soldados se adelantan, pero al ver a JUANA retroceden con espanto.)

ISABEL. ¿Qué ocurre que así se detienen?

LOS SOLDADOS.—¡Dios nos asista!

ISABEL.—¿Acaso les aparece un fantasma? ¿Vosotros sois soldados? Cobardes sois. (Atraviesa el grupo, se acerca y retrocede al ver a la doncella.) ¡Qué veo! ... ¡Ah! (Volviendo en sí y dirigiéndose resuelta hacia JUANA.) Ríndete... Eres mi prisionera.

JUANA.—Lo soy. (Huye RAIMUNDO gesticulando desesperado.)

ISABEL.—(A los SOLDADOS.) Cargadla de cadenas. (Los SOLDADOS se acercan a JUANA con cautela. JUANA tiende los brazos. La atan.) ¿Es esta la poderosa guerrera, la formidable heroína, que desbandaba nuestros ejércitos como rebaños, y ahora no sabe defenderse a sí misma? ¿Será que sólo obra milagros donde creen en ella, y se torna simple mujer en cuanto se encuentra con un hombre? (A JUANA.) ¿Por qué has abandonado tu ejército? ¿Dónde está Dunois, tu caballero y protector?

JUANA.—He sido desterrada.

ISABEL.—(Retrocediendo con sorpresa.) ¡Cómo!; Tú, desterrada!... ¿Desterrada por el delfín?

JUANA.—Nada me preguntes. Me hallo en tu poder; decide de mi suerte.

ISABEL.—¡Desterrada! Sin duda por haberle sacado del abismo y ceñido su cabeza con la corona real en Reims. ¡Desterrada! En esto reconozco a mi hijo. Llevadla al campamento. Mostrad al ejército este espantajo, objeto de tantas alarmas. ¡Ella, una bruja! ... No hubo otro maleficio que vuestra cobardía y alucinación. Mejor se diría que

es una loca que se ha sacrificado por su rey, y que recibe ahora la real recompensa de semejante sacrificio. Daos prisa a llevarla a Lionel. Le envió encadenada la fortuna de los franceses. En marcha; ya os sigo.

JUANA.—¡A Lionel! Matadme aquí mismo antes que enviarme a Lionel.

ISABEL.—(A los SOLDADOS.) Obedeced mis órdenes. ¡Llevadla! (Vase.)

ESCENA VI

JUANA. LOS SOLDADOS.

JUANA.—(A los SOLDADOS.) ¡Ingleses!... No sufráis que salga viva de vuestras manos; tirad de las espadas, pasadme el corazón, arrojad mi cadáver a los pies del capitán. Pensad que soy la que mató vuestros mejores compañeros, y derramé sin piedad torrentes de sangre inglesa, y arrebaté a los más valientes el día del retorno a la patria. ¡No regateéis nada a vuestra venganza! Matadme... ahora estoy en vuestras manos. ¡Quizá no volveréis a hallarme débil como ahora!

EL CAPITÁN.—Haced lo que la Reina ha mandado.

JUANA. ¿No he agotado aún el cáliz de la amargura? ¡Oh... Virgen mía! ¡Cómo me abrumba tu poder! ... ¿Caí en tu desgracia para siempre? Dios ha cesado de socorrerme; no viene en mi ayuda ángel alguno; el cielo me cierra sus puertas. (Sigue a los SOLDADOS.)

ESCENA VII

El campamento del Rey de Francia. DUNOIS entre el ARZOBISPO y DUCHATEL.

EL ARZOBISPO.—Haceos superior a vuestros resentimientos y seguid con nosotros. Volved al servicio de vuestro Rey. No abandonéis ahora la causa común cuando de nuevo apremiados por la suerte, reclamamos el apoyo de vuestro brazo.

DUNOIS. ¿Y por qué nos hallamos de nuevo sujetos? ¿Porqué el enemigo torna a levantar cabeza? Todo estaba cumplido; Francia victoriosa llegaba al fin de la guerra, cuando he aquí que desterráis a la redentora. Salvaos, pues, vosotros mismos; en cuanto a mí, no quiero volver al campamento sin ella.

DUCHATEL.—Pensadlo mejor, príncipe; no nos dejaréis con semejante contestación.

DUNOIS—Basta, Duchatel. Os odio; de vos no soporto una palabra. Vos fuisteis el primero que dudó de ella.

EL ARZOBISPO.—¿Pero quién no fue juguete de este error, y no sintió debilitarse su fe el desdichado día en que todo se conjuró para acusarla? Perturbados, fascinados, fue tan terrible el golpe que nadie hasta ahora pudo profundizar la verdad. Después ha vuelto la reflexión. La vemos tal como era entre nosotros, y nos parece su conducta sin tacha. Fuimos sorprendidos; tememos haber fallado injustamente. El Rey está arrepentido; La Hire inconsolable; el Duque gime... en una palabra, reina en todos los corazones la más honda tristeza.

DUNOIS.—¡Ella, una impostora! ¡La misma verdad tomaría su rostro para encarnarse en la tierra! Si la inocencia, la fidelidad, la pureza, moran en alguna parte, es sin duda alguna en sus labios, en sus claros ojos.

EL ARZOBISPO.—¡Ojalá intervenga el cielo y aclare este misterio impenetrable a los ojos de los hombres! Mas sea lo que fuere la solución de este conflicto, siempre habremos de deplorar una falta. O hemos combatido con las armas del infierno, o hemos desterrado a una santa, y ambos delitos bastan para atraer el castigo y la cólera del cielo sobre este desgraciado país.

ESCENA VIII

Dichos. Un CABALLERO. Luego RAIMUNDO.

CABALLERO.—Un joven pastor desea hablarle.

DUNOIS.—¡Pronto! Hazle entrar. Juana lo envía. (El CABALLERO abre la puerta y sale RAIMUNDO. DUNOIS se lanza a su encuentro.) ¿Dónde está?... ¿dónde está la doncella?

RAIMUNDO.—Dios os guarde, noble príncipe; permitidme que me alegre de hallar también aquí al venerable arzobispo, al santo varón protector de los oprimidos, padre de los desamparados.

DUNOIS.— ¿Dónde está la doncella?

EL ARZOBISPO.—Habla, hijo mío.

RAIMUNDO.—Señor, no es una bruja. Lo juro por Dios y todos los santos. El pueblo está equivocado. Desterrasteis a una inocente; proscibisteis a la enviada de Dios.

DUNOIS.—¿Dónde está?... Habla.

RAIMUNDO.—La acompañé en su fuga a través del bosque de Ardenes, y me abrió su corazón. Perezca en el tormento, y sea privado de la dicha eterna, si no es pura y sin tacha.

DUNOIS.—¡El sol no es más puro que ella!... ¡Dónde está?... Habla.

RAIMUNDO.—¡Oh!... Si Dios os ha convertido... daos prisa... salvadla, porque ha caído prisionera de los ingleses.

DUNOIS.—¡Prisionera!... ¿Qué es lo que dices?

EL ARZOBISPO.—¡Desgraciada!

RAIMUNDO.—Fue sorprendida por la Reina en Ardenes, donde buscábamos refugio, y entregada a los ingleses. ¡Oh, vosotros a quien ella salvó, salvadla de una horrible muerte!

DUNOIS.—¡A las armas!... ¡Presto!... ¡Suene el toque de llamada!...

¡suenen los tambores!... Guiad todos los pueblos al combate. Ármate, Francia! Va en ello nuestro honor... nos han robado la corona... nuestro paladión... la sangre, la vida de todos. Ha de ser libre antes que acabe el día. (Vanse.)

ESCENA IX

Una torre-atalaya. En la parte superior una abertura.

JUANA. LIONEL. FALSTOLF. ISABEL.

FALSTOLF.—(Sale corriendo.) Es imposible contener al pueblo por más tiempo. Piden enfurecidos que muera la doncella. En vano os empeñaréis en resistir. Matadla y arrojad su cabeza desde las almenas de esta torre. Sólo su sangre puede apaciguar al ejército.

ISABEL.—(Saliendo.) Arriman escalas para subir aquí. Calmad al pueblo. ¿Queréis aguardar a que en su ciego furor derriben la torre y perezcamos todos en esa sarracina? Ya no podéis protegerla. Soltádsela.

LIONEL.—Por mí ya pueden atacar y patalear como rabiosos. Este castillo es sólido, y antes que cederles, me sepultaré en sus ruinas. Sé mía, Juana, respóndeme y te defenderé contra el mundo entero.

ISABEL. ¿Y vosotros sois hombres?

LIÓNEL.—Te repudiaron los tuyos, y riada debes por tanto a tu patria. Los cobardes que aspiraban a tu mano, te abandonan, sin que ni uno solo de ellos haya osado batirse por tu gloria. Mas yo quiero sostener tu causa contra tu pueblo y contra el mío. Poco ha me permitiste creer que te era cara mi vida, y yo tiré de la espada contra ti como enemigo, pero ahora no tienes otro amigo que yo.

JUANA.—¿Tú?... Tú eres mi enemigo, el aborrecido de mi pueblo. Nada puede mediar entre ambos. No, no puedo amarte, mas si tu corazón se siente inclinado hacia mí, haz que este afecto sea ocasión de ventura para nuestros pueblos. Retira del patrio suelo las tropas, entrega las llaves de las ciudades sometidas, suelta los prisioneros y envía rehenes en prenda del santo tratado; con estas condiciones, yo te ofrezco la paz en nombre de mi Rey.

ISABEL.—Aun en cadenas, ¿pretendes imponerme leyes?

JUANA.—Hazlo ahora que es tiempo y lo puedes todavía. Francia no ha de doblarse al yugo de Inglaterra... ¡Nos esto no será jamás!... jamás!... antes se convertirá este suelo en una vasta tumba que tragará vuestros ejércitos. Ya perecieron los mejores de los vuestros... pensad en aseguraros la retirada. ¡Se acabó vuestra gloria y poderío!

ISABEL.—¿Y podéis sufrir el reto de esta insensata?

ESCENA X

Dichos. Llega un CAPITÁN.

CAPITÁN.—(Llega corriendo.) Daos prisa, general, daos prisa a formar en batalla el ejército. Los franceses se acercan con banderas desplegadas. El valle entero reluce con el fulgor de las armas.

JUANA.—(Con entusiasmo.) ¡Los franceses! ¡A las armas, altiva Inglaterra! ¡Al campo! ¡A pelear de nuevo!

FALSTOLF.—Modera tu júbilo, insensata, que no has de ver el fin de la jornada.

JUANA.—Moriré, pera mi pueblo habrá vencido. Aquellos valientes ya no tienen necesidad de mi socorro.

LIONEL.—Me río yo de ese montón de cobardes. Antes que combatiera por ellas esta heroica doncella, los rechazamos en veinte batallas. A todos los desprecio, excepto una sola, y a ésta la han desterrado. Vamos, Falstolf, vamos a prepararles una nueva jornada de Crécy y de Poitiers. Vos, Reina, quedaos en esa torre. Vigilad a esa niña, hasta que la suerte haya decidido. Dejo aquí cincuenta caballeros para que os protejan.

FALSTOLF.—¿Cómo! ¿Queréis marchar contra el enemigo, dejando a la espalda a esta furiosa?

JUANA.—¿Te amedrenta una, mujer encadenada?

LIONEL.—Promete, Juana, que no intentarás escaparte.

JUANA.—Escaparme es mi único deseo.

ISABEL.—Atadla más fuerte. Respondo con vuestra vida de que no escapará. (Ciñen su cuerpo y brazos con gruesas cadenas.)

LIONEL.—(A JUANA.) Tú lo quieres; nos fuerzas a ello. Tu suerte se halla todavía en tus manos. Renuncia a Francia, empuña la bandera de Inglaterra y eres libre, y estos locos que piden tu muerte serán tus esclavos.

FALSTOLF.—(Empujándole.) Partamos, general, partamos.

JUANA.—Basta de razones. Los franceses avanzan; defiéndete. (Suenan clarines.)
LIONEL Se va corriendo.)

FALSTOLF. ¿Sabéis lo que os toca hacer, señora? Si la fortuna se declara contra nosotros, y veis huir nuestros batallones...

ISABEL.—(Sacando un puñal.) Tranquilizaos; no verá nuestra derrota.

FALSTOLF.—(A JUANA.) Ya sabes lo que te aguarda. Ahora si quieres, puedes invocar la victoria de los tuyos.

ESCENA XI

ISABEL. JUANA. Soldados.

JUANA.—Sí, lo quiero: nadie lo impedirá. ¿Oís?... ¡La marcha guerrera de mi pueblo! ¡Cómo resuena la bélica armonía, presagio de victoria en el fondo de mi pecho! ¡Mueran los ingleses! ¡Viva Francia! Alerta, mis valientes, alerta. La doncella se halla con vosotros. No puede como ayer enarbolarse el estandarte... encadenada está, mas vuela su alma en alas del canto de la guerra, libre, más allá de la cárcel.

ISABEL.—(A uno de los SOLDADOS.) Súbete a la atalaya desde la cual se ve el campo, y dinos las vicisitudes de la batalla. (El SOLDADO sube a la atalaya.)

JUANA.—¡Valor! ¡valor!... ¡pueblo mío!... es el último. Con esta victoria sucumbirá el enemigo.

ISABEL.—¿Qué ves?

EL SOLDADO.—Vinieron a las manos. Un hombre furioso montado en un caballo salvaje, de tigrada piel, avanza con su gente.

JUANA.—Es el conde Dunois. ¡Valor bravo general! la victoria va contigo.

EL SOLDADO.—El duque de Borgoña ataca el puente.

ISABEL.—¡Traidor!... Así muera a lanzadas.

EL SOLDADO.—Lord Falstolf le opone vigorosa resistencia. Se apean, combaten cuerpo a cuerpo... los del duque y los nuestros.

ISABEL.—¿Y no ves al delfín?... ¿No reconoces las insignias reales?

EL SOLDADO.—Todo lo confunde el polvo que levantan... es imposible distinguir nada.

JUANA.—¡Ah! ¡si tuviera mi vista! En su lugar, no se me escaparía el pormenor más insignificante. Cuento las aves al vuelo y distingo el halcón en lo más alto.

EL SOLDADO.—Cerca de los fosos, ¡qué espantosa confusión!... Allí me parece pelean los capitanes.

ISABEL.—¿Ves flotar siempre nuestra bandera?

EL SOLDADO.—Enhiesta todavía.

JUANA.—¡Ah!... ¡si pudiese ver, aunque fuera por las rendijas del muro! ¡Con la mirada dirigiría el combate!

EL SOLDADO.—¡Ay de nosotros!... ¿Qué veo? Rodean a nuestro caudillo.

ISABEL.—(Levantando el puñal contra JUANA.) Muere, ¡miserable!

EL SOLDADO.—(Con viveza.) ¡Salvado!... El bravo Falstolf ataca al enemigo por la retaguardia, y penetra en las apretadas filas.

ISABEL.—(Bajando el puñal.) Habló tu ángel bueno.

EL SOLDADO.—¡Victoria! ¡victoria! Huyen.

ISABEL. ¿Quién?

EL SOLDADO.—Franceses y borgoñones en derrota; los fugitivos cubren la llanura.

JUANA.—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡No me abandonarás así!

EL SOLDADO.—Traen hacia acá un hombre gravemente herido; muchos se lanzan a socorrerle... es un príncipe.

ISABEL. ¿Uno de los nuestros o un francés?

EL SOLDADO.—Le quitan el casco... es el conde Dunois.

JUANA.—(Sacudiendo convulsivamente las cadenas.) ¡Y no ser más que una pobre mujer encadenada!

EL SOLDADO.—¡Atended!... ¿Quién es el que lleva un manto azul celeste, recamado de oro?

JUANA.—(Con calor.) ¡Mi señor, mi Rey!

EL SOLDADO.—Su caballo se espanta... tropieza... cae... se desenreda a duras penas. (Durante estas palabras, JUANA da muestras de vivísima emoción.) Los nuestros se le echan veloces encima... ya le alcanzan... ya le rodean...

JUANA.—¡Señor Dios mío! ... ¿No queda un ángel en el cielo?

ISABEL.—(Con ironía y sarcasmo.) Ahora o nunca... Vaya, ¡soberana protectora! acude con tu auxilio.

JUANA.—(Cayendo de rodillas y exaltándose por grados.) Óyeme, Señor. Desde el polvo de mi miseria, te invoco suplicante, y tiendo hacia ti el alma mía. Tú puedes convertir la tela de araña en cable de buque; bien podrás también convertir estas ataduras de hierro en tela de araña. Muestra tu voluntad y caerán las cadenas, se abrirán estos muros. Tú viniste en ayuda de Sansón, cuando ciego y atado sufría las amargas burlas de los orgullosos enemigos. Fortalecido por su fe, arrancó con vigorosa mano las puertas de su cárcel, y el edificio cayó al tremendo empuje.

EL SOLDADO.—¡Victoria, victoria!

ISABEL. ¿Qué hay?

EL SOLDADO.—El Rey ha caído prisionero.

JUANA.—(Poniéndose de pie.) ¡Así también venga Dios en mi ayuda! (Diciendo esto se arranca las cadenas con ambas manos, y arrojándose sobre el primer soldado que halla al paso, le arrebatada la espada y se va corriendo. Los demás quedan inmóviles de estupor.)

ESCENA XII

Dichos, menos JUANA.

ISABEL.—(Después de larga pausa.) ¿Qué ha pasado?... ¡Sueño!... ¿Por dónde escapó?... ¿Cómo pudo romper estas pesadas cadenas?... Aunque el mundo lo afirmase, no lo creería si no lo hubiese visto por mis propios ojos.

EL SOLDADO.—(Aún desde la atalaya.) ¡Cómo! ¿Tiene alas esta mujer? ¿Ha sido arrebatada del torbellino?

ISABEL.—Di. ¿Está abajo?

EL SOLDADO.—Se lanza en medio de la refriega, más rápida que mi vista. Ora aquí, ora allá, la veo en mil lados a la vez; parte las filas, y todo se dispersa a su presencia. Vuelven a la carga los franceses. ¡Ay de mí!... ¡Qué veo! Los nuestros rinden las armas y los estandartes.

ISABEL.—¿Pretenderá arrebatarnos una victoria cierta?

EL SOLDADO.—¡Vuela hacia el Rey! ¡Ved!... acaba de llegar a él y le saca del combate. Cae prisionero lord Falstolf.

ISABEL.—¡Basta, basta! Bajad.

EL SOLDADO.—Huid, ¡oh, Reina!... ¡Vais a ser sorprendida! El pueblo armado pone cerca a la torre. (Baja.)

ISABEL.—(Tirando de la espada.) ¡Defendeos pues, cobardes!

ESCENA XIII

Dichos. Sale LA HIRE seguido de algunos soldados. Los de la Reina rinden las armas.

LA HIRE.—(Dirigiéndose a la Reina con respeto.) Someteos, señora, a la Omnipotencia. Vuestros caballeros ya se han rendido y toda la resistencia que se haga sería en vano. Dignaos agradecer mis servicios. Ordenad. ¿Dónde queréis que os acompañe?

ISABEL.—Cualquier sitio me parece bueno, con tal que no halle en él al delfín. (Entrega a LA HIRE la espada, y le sigue con los suyos.)

ESCENA XIV

El campo de batalla. Algunos soldados con estandartes ocupan el fondo.

CARLOS y el DUQUE DE BORGONA, llevando en brazos a JUANA, mortalmente herida y sin sentido. Van a colocarse lentamente en primer término. INÉS acude con paso acelerado.

INÉS.—(Echándose en brazos del Rey.) ¡Sois libre! ¡sano y salvo! os poseo todavía.

CARLOS.—Libre, pero a este precio. (Señalando a JUANA.)

INÉS.—¡Juana!... ¡Oh, Dios mío!... espirando...

FELIPE.—Todo acabó. Estáis viendo morir a un ángel. Mirad cómo reposa serena y sin dolor, como un niño dormido. La paz se refleja en su semblante; ni un solo suspiro exhala su pecho. Pero su mano no está fría aún; queda un signo de vida...

CARLOS.—No; se acabó. No ha de despertar ya, ni ha de abrir los ojos a este mundo. Se cierne en el cielo, como espíritu de luz... Ya no ve nuestro dolor, ni nuestro arrepentimiento.

INÉS.—Abre los ojos... ¡vive!

FELIPE.—(Sorprendido.) ¿Resucita? ¿Triunfa de la muerte?... Se incorpora, se sostiene.

JUANA.—(Mirando en torno.) ¿Dónde esoy?

FELIPE.—Entre los tuyos. Juana, en medio de tu pueblo.

CARLOS.—En brazos de tu amigo, de tu Rey.

JUANA.—No, yo no soy una maga, no, lo juro.

CARLOS.—Tú eres un ángel, una santa; estábamos ciegos.

JUANA.—(Mira en torno suyo sonriendo.) ¿Me hallo realmente entre los míos? ¿No estoy proscrita? ¿No me despreciáis? ¿Ya no me maldecís más, y me miráis con bondad? Sí, ahora lo reconozco todo. Aquí está mi Rey; estas son las banderas de Francia, pero... no veo la mía. ¿Dónde está? No puedo seguir sin ella. Me fue confiada por mi señor, y debo deponerla en sus manos; debo enseñársela, porque la he llevado fielmente.

CARLOS.—(Volviendo el rostro.) Dadle su bandera. (Se la presentan; ella se mantiene en pie, con la bandera en la mano. El cielo brilla con vivísimo resplandor.)

JUANA. ¿Veis allá arriba el arco-iris? El cielo abre sus puertas de oro. Ella está resplandeciente en medio de sus coros de ángeles, con el eterno Hijo en la falda, y extendiendo sonriente hacia mí sus brazos. ¿Qué siento, Dios.mío?... Ligeras nubes me levantan y se convierte en alas mi grave armadura... Se hunde la tierra a mis plantas... ¡En lo alto!... ¡en lo alto!... ¡Breve es el dolor; eterna la dicha! (La bandera se desliza de sus manos. JUANA cae muerta. Los presentes la rodean con muda emoción. A una seña del Rey, cubren cuidadosamente su cuerpo con los estandartes.)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

